

Selecta

Alma de Abril
HISTORIAS DE AMOR Y DESAMOR

Vanesa Spinelli

Alma de abril

Vanesa Spinelli

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en este compilado de cuentos y poesía, que está escrito por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la Real Academia Española* siempre está disponible para consultas.

A mi esposo Christian, por amarme y creer cada día en mí.

A mi maravillosa hija Carolina, porque es todo el sol.

A mis adorados padres Nelly y Jorge.

Al genio de mi hermano Leo.

A Tati y Tomi, por quererme y dejarme ser parte de esta linda familia ensamblada que somos.

A mis amigos de toda la vida.

A mis queridos colegas.

Por último, mi agradecimiento profundo es hacia mis lectores, que plasman su cariño dejando comentarios en mi página en Facebook, identificándose con las historias, extendiendo sus vivencias, permitiéndome ser parte de sus vidas a través de la palabra. En este nuevo despertar de *Alma de Abril*, deseo que abra sus alas con todo su color para volar tan lejos como los lectores quieran.

Prólogo

Por Andrea Vázquez

¿Dónde se esconde el alma de un escritor? En sus historias, que nos llevan a soñar con universos que se transforman en nuestros. Esto me lo confió en una entrevista el escritor Federico Moccia.

Recordé esto con el primer libro que leí: *Mujercitas*. Desde ese día, supe que mi vida había cambiado. El tiempo ha pasado y mis lecturas me marcaron el alma y la piel, que es el canal que transmite los sentimientos que me producen.

Vanesa Spinelli escribe sobre su universo que la habita. Una invitación para enamorarse, reírse, añorar, enfadarse. Un permiso al lector a sentir vendavales de emociones y dejarse llevar.

Este pequeño y exquisito laberinto de historias nos permite conocer a una autora versátil. Una voz nueva en la narrativa que, a través de sus relatos y poemas, se sienten en sepia o en colores, que vibran como una cuerda, estremeciendo, interpelando, nos roba lágrimas.

Usted, querido lector, tiene en sus manos la llave para disfrutar de estas historias y personajes. Abra la puerta sin miedo, la autora no defrauda.

*Como si se pudiese elegir en el amor;
como si no fuera un rayo que te parte los huesos
y te deja estaqueado en la mitad del patio.*

Julio Cortázar

Deseo turbulento

El avión despegó a las ocho y quince de la noche, el cielo se encontraba despejado y la noche tranquila parecía envolver los sueños de estos cuatro viajeros. Victoria portaba un pelo pelirrojo y ondulado hasta la cintura. Tenía pecas y su cutis lozano no advertía más de veinticinco años. Leía una revista de espectáculos, frívola, pasatista; pero por alguna extraña razón, le generaba más placer que el abrazo de su novio, Nahuel, al que ya no soportaba, al que complacía por rutina, ¿por comodidad?, ¿para no decepcionar a sus padres?, ¿o para no tener que dar explicaciones a quien no quería? Prefería llevar la escena ficcional de un amor único y profundo, cuando en realidad el rechazo que sentía era visceral. La vida con él se había convertido en una sucesión de acartonados encuentros en restaurantes caros, hoteles lujosos y joyas de Swarovski, que todos los meses acostumbraba a regalarle.

Con cinco asientos de diferencia, Gabriel leía compenetrado y casi frenético una novela de Stephen King, su autor preferido desde los dieciséis años. Ya habían pasado veinte desde que había descubierto *It*. Solía contarle a todo el mundo que había quedado tan atrapado con la historia del payaso que, luego de habérsela devorado en solo una noche, durante veinticuatro horas no pudo conciliar el sueño. Cumplía diez años de casado con Ana, una médica pediatra del Garrahan. Eran felices, o eso creía. Ella todavía le gustaba y eso le hacía pensar que era suficiente para ser feliz. A veces, por el contrario, pensaba que era aburrido compartir la vida con alguien que hacía lo mismo que él. Gabriel era cirujano pediátrico, y se habían conocido una tarde de abril, húmeda y con neblina, en los pasillos de la Facultad de Medicina. Él era Jefe de Trabajos Prácticos de la Cátedra Cirugía General. Los ojos azules y el cuerpo diminuto de Ana no habían pasado desapercibidos para Gabriel, quien apenas la vio pasar no se detuvo hasta averiguar quién era, si tenía novio, si estaba casada, y todo ese tipo de consultas detectivescas que se realizan cuando alguien nos seduce, nos impacta, nos rompe la estructura.

Ana dormía. La azafata, esbelta, con el cabello rubio destellante, perfectamente recogido, y una sonrisa luminosa, se acercó para ofrecerles algo de beber; ninguno de los pasajeros quiso nada. La atmósfera era tan apacible y perfecta que ninguno quería romper con esa burbuja del viaje soñado.

Buzios era el destino más apreciado por los enamorados, y ellos lo sabían.

Mientras Victoria no dejaba de leer, Nahuel tomó con delicadeza su brazo y la acarició

despacio. Ella, con elegancia, se corrió y le dijo que tenía sueño. Cerró la revista, tomó la manta de viaje, se tapó y se hizo la dormida. Nahuel parecía no comprender la infinidad de señales que su novia le venía manifestando desde hacía meses. No percibía el rechazo o elegía seguir haciéndose el desentendido. En su ego se afirmaba una y mil veces, pensaba que cualquier mujer desearía estar en el lugar de Victoria, ser la destinataria de todas esas atenciones, regalos y paseos caros. Todo lo que él hacía con ella era suntuoso, oneroso y exagerado. Le obsequiaba vestidos, carteras y perfumes de las marcas más reconocidas. Cuanto más pagaba por un objeto, más amor sentía que le demostraba. Para Victoria era todo lo contrario. Cuanto más pagaba por ella, más despreciada se sentía.

Había pasado una hora y quince minutos desde el despegue. Todo parecía estar en armonía. Gabriel se había quedado dormido con el libro de Stephen King en la mano. Ana seguía dormida. Victoria se hacía la dormida. Nahuel, con los ojos como búho y bien abiertos, no entendía qué pasaba entre Victoria y él.

De repente, el cielo despejado y estrellado se cerró en una tormenta de niebla y lluvia. El avión empezó a moverse. Primero fue imperceptible. Después la intensidad subió. Ana y Gabriel se despertaron exaltados. Victoria comenzó a gritar. Nahuel trataba de calmarla. La voz del piloto que se emitía a través de los parlantes exigía calma y tranquilidad, con el argumento de que todo estaría bajo control cuando terminaran de atravesar la tormenta.

La fuerza del viento contraatacó con vehemencia y otra vez el avión perdió estabilidad. Victoria volvió a gritar y Nahuel levantó aún más la voz para hacerla callar. Ella empalideció y tuvo que tomar la bolsa para vomitar. Gabriel se quitó el cinturón de seguridad para asistirle. Siempre que una persona cerca de él se sentía mal, le urgía salir a ayudar. Estaba en él, no podía evitarlo. Había presenciado tantos accidentes, tragedias, operaciones, que formaba parte de ese ADN que llevaba en su cuerpo.

La azafata también se acercó y le pidió a los cuatro pasajeros que guardaran la calma, que pronto todo volvería a estar como en el comienzo. Pero la verdad era que nada volvió a estar como al principio.

Apenas Gabriel tomó el pulso de Victoria para saber cómo estaban sus latidos y presión, sintió en su corazón la tersura de esa piel blanca y transparente. Le miró la boca de rosado pálido, carnosa, delineada por un artista. Los bucles que le tapaban suavemente el contorno de su cuello; el perfume que desprendía una mezcla de jazmín y fresias. Se enloqueció. Trató de escudarse en su rol de médico. Le habló a Nahuel presentándose. Le pidió a la azafata que le trajese un vaso de agua. Victoria lo bebió de a sorbos, delicadamente.

Ana contemplaba todo desde su asiento. Sabía que su marido siempre colaboraba en momentos de pánico generalizado y por eso lo había elegido, por eso lo admiraba tanto.

La pericia del piloto logró atravesar ese túnel ventoso y con precipitaciones. El control y la tranquilidad trajeron aires de serenidad para los viajeros. Gabriel seguía al lado de Victoria, escudándose en que esperaba verla recuperada del todo, pero lo único que lo motivaba era poder

extender el tiempo en que podría contemplarla. Nahuel no tuvo problema en que Gabriel se sentara al lado de ella. En definitiva, Victoria le venía demostrando su descontento durante todo el vuelo. Ana se volvió a dormir. Nahuel se levantó para ir al *toilette*.

Gabriel y Victoria se quedaron solos unos minutos. Victoria le agradeció lo que había hecho por ella. Los ojos negros, gatunos, se le dilataron y a Gabriel lo estremecieron más que los azules que una vez lo hechizaron bajo la mirada de Ana. Se sonrojaron. Hubiese querido besarla, y no estar casado con Ana, y no recordar que ese viaje era un regalo que él le había hecho a su esposa por los diez años de matrimonio. Victoria sintió la liberación de su deseo en la mirada de Gabriel. Ese era el hombre con el que ella podría compartir el cielo y el infierno. Dejó que se le cayera el bretel de su musculosa, y Gabriel quedó desarmado frente a la desnudez y la aterciopelada piel que sutilmente clamaba su beso, su mordida. Nahuel regresó. Gabriel se incorporó y le dijo que Victoria ya se encontraba bien, con el pulso y la presión normales, pero que le recomendaba que al descender fuese revisada por un médico clínico para asegurarse de que todo marchaba bien.

Gabriel intentó acomodarse nuevamente en su asiento. Ana había vuelto a dormirse. Victoria giró disimuladamente la cabeza para ver a Gabriel. Se miraron más allá de las almas. Los cuerpos latían. El deseo los ataba. La turbulencia había sido superada, pero el alboroto de sus corazones recién comenzaba y no sabían si iban a salir ilesos.

Distantemente juntos

No eran los mismos. No podían serlo. Habían pasado varios meses. Y aunque el fervor y la voluntad querían, en su interior, ellos sabían que no podrían volver, que reconstruir fragmento por fragmento su historia era una tarea más que cansadora, punzantemente dolorosa. Cada pequeña fracción correspondía a una pieza mayor, un rompecabezas del amor y el no-amor que se atraía y rechazaba en forma imprecisa e inconstante.

Es que la de ellos no era una historia del desamor, del penoso sentimiento que invade los corazones cuando el otro se transforma en un ser conocido, agradable, tierno, pero que no nos altera los nervios ni nos hace crujir el estómago cuando discutimos o nos proporciona una sensación soleada en el alma cuando nos abraza. La historia de ellos era la historia del no-amor, del amor que no puede ser, del amor que se quema porque se excede, se desborda, está sin guía y no logra contención. Es la historia que pugna por triunfar, que se empuja con esfuerzo cuesta arriba porque quiere la cima, quiere ser, quiere liberarse de las profecías de los otros, de los conjuros, de las supersticiones, de los malos augurios, que lucha contra el destino, aunque sabe que al final solo podrán recordar que alguna vez supieron estar distantemente juntos.

Leandro la había invitado a cenar al mismo bar en el que habían dejado parte de su historia, mientras habían sido novios. Reconocían que el barrio de Flores no los seducía por completo, sin embargo, tantas veces había sido testigo de sus largas caminatas nocturnas, en el medio de bocinas, autos, carteles llamativos de bailables, filas interminables de adolescentes, que volver a ese espacio era regresar a lo conocido, era atravesar nuevamente el principio del camino.

Cuando tan solo eran compañeros de la facultad, recorrían Rivadavia desde Acoyte hasta San Pedrito y viceversa. Un domingo él llevaba la videocasetera para hacer un trabajo de una de las materias que cursaban juntos, y aunque las miradas de los dos se cruzaron con insinuación, se hicieron los disimulados y siguieron caminando como si nada, como si el corazón no los asaltase ni les dijera en voz baja «vamos, vamos, esta es la oportunidad».

Pero regresemos a aquella noche en la que volvieron a mirarse a los ojos. Esa mañana, Leandro le había enviado un *mail* con el fragmento de una canción de Ismael Serrano: «Hoy cenó contigo, hoy revolución». Romina lo leyó entre otros correos electrónicos que se habían amontonado en la bandeja de entrada y su emoción se deslizó, descentrándola de su actividad, sin poder concentrarse, sin articular palabras y riéndose nerviosa, y sin que sus compañeros pudieran

advertir tan repentino cambio de ánimo y voluntad.

Caminó hacia su casa. Reparó que, después de todo lo que había sufrido y las circunstancias que no quería recordar de su separación, tendría que pedirles a sus padres que se quedaran unas horas con Valentina, la hija de dos años que tenía con Leandro. Pensaba y pensaba en los sermones que recibiría por parte de ellos, porque a pesar de ser una mujer fuerte, le recordarían una y otra vez ese tiempo de llanto, de tristeza cristalizada, de llamados telefónicos, de Tribunales, de las audiencias con bronca y sollozos, del malestar, y de haberla visto deambular sin alma durante más de doscientos días. Sin embargo, ella quería ir a cenar con él a pesar de las contradicciones que la asaltaban y la devolvían con su mente a esa noche espantosa, que no podía arrancar de sus ojos, cuando todo estalló. Quería descubrir qué sentiría cuando su mirada se posara profundamente en la de él. Quería escucharlo. Por algo Leandro había insistido más de un mes hasta lograr que ella aceptara finalmente encontrarse.

La pasó a buscar por la casa de sus padres y, entre nervios, expectativas, ojos húmedos y relucientes, caminaron juntos, pero no tanto. Él la tomó de la mano suavemente, y a pesar de que ella no quería otorgarle ese beneficio, tampoco se lo impidió. Leandro era el padre de su hija, legalmente su marido, el novio que la universidad le había presentado a imagen y semejanza de sus caprichos intelectuales, y todo eso era demasiado. Un todo que no llegaba a comprender.

Se sentaron a cenar juntos por primera o por última vez. Habían transcurrido siete meses desde la noche en que ella se fue de la casa de Leandro, con Valentina en brazos, apenas con la cartera y los documentos, ni ropa, ni calzado, ni recuerdos. Se fue, escapando de todo aquello que era irracional, que la dominaba, que la hundía y no la dejaba ser. Sin embargo, lo quería, y mucho. Esa decisión fue la más dolorosa y la más acertada que pudo haber tomado, pero toda acción tiene su costo, tiene su lado más inquisidor, más perseguidor. Y Romina no dejaba de preguntarse: ¿Podría haber hecho otra cosa que no fuese huir?

Emocionados, recordando lo que habían sido, él acarició con delicadeza su barbilla.

—No quiero que llores más, ya sufriste mucho —dijo, mirándola con firmeza y ternura.

Palabras menos o más, ambos comenzaron con esa catarsis del perdón y de la autocolpa, tratando de decir lo mucho que lamentaban no haber sido suficientemente tolerantes con las necesidades y el deseo del otro.

El aire que se respiraba entre ellos sugería esperanza, pero también tensión. Cada uno con sus maneras, trataba de no emitir ningún juicio de valor que pudiera lastimar. Cada palabra era cuidada, era escogida del sinfín de posibilidades que nos presenta la lengua. Nada quedaba al azar. Eso lo habían aprendido muy bien durante sus años en la facultad. Todo gesto remite a un significado, un tono de voz puede generar compasión o ira. Ellos lo sabían y, sin embargo, no habían podido ser lo ampliamente conscientes y prolijos para saber qué decir y qué hacer en el momento adecuado.

Salieron del bar y Leandro la abrazó, caminaron con lentitud tratando de que el tiempo permaneciera inmóvil para ellos. Cada paso que daban podía convertirse en un paso más cercano

a la reconciliación o a la separación definitiva. Sospechaban, pero no lo sabían. Siguieron avanzando por las calles y Romina comenzó a aflojarse, decidió con su corazón liberarse del control que ejercían sus pensamientos, de las ataduras de los mandatos sociales, de lo que estaba bien y de lo que estaba mal, de lo que le dirían al día siguiente sus amigos cuando les contara que había ido a cenar con su (¿ex?) marido.

Leandro, que la conocía en sus pequeñas emociones y debilidades, había percibido que ese era el momento justo, ni antes, ni después. La frenó en la esquina con su abrazo, la contempló por unos segundos, con ansias, con ternura, incluso ella podría afirmar que la miró con amor, con ese amor que en ese instante era no-amor, y con un gesto sutil de sus labios la besó. Temblaron, como en aquel primer beso que se dieron después de salir de una clase teórica de la facultad. El instante fue breve pero intenso.

—¡Ojalá les dure! —gritaron unas adolescentes que pasaron por la esquina.

—Si supieran por todo lo que pasamos... —dijo Leandro sonriendo.

Sin embargo, tenían miedo. Las palabras de aquellas jóvenes que no conocían nada de ellos les generaba ruido, incomodidad, como el destino que se deja entrever en las cartas del Tarot y el vidente que las tira no quiere decir, da vueltas, sugiere, pero no le menciona nada a su consultante por temor a que sus videncias se confirmen, se vuelvan carne, se vuelvan reales.

Esa noche fue el primer intento de reconstrucción de un amor que ya había entrado en la etapa del no-amor. Habían desafiado límites. Ellos sabían que hay fronteras que no se cruzan, y las habían traspasado. Los intentos, los retazos, las lágrimas y las sonrisas se extendieron, duraron más de lo pensado, durante varios meses. Pero nada pudo hacerse. Desengañados de su propia ilusión, encontrándose otra vez en los papeles de víctima y de victimario, de policía y de ladrón, de juez y de acusado, tuvieron que despedirse con tristeza, aceptando el fracaso y la frustración de lo que no fueron y nunca serían. Comprendieron que ya no eran los mismos, que, aun queriéndose desde sus entrañas, no podían brindarse felicidad, no sabían ser felices, porque hacía bastante tiempo que habían perdido la posibilidad de *saber estar distanciamente juntos*.

El universo del amor

—**A** tu abuelo lo conocí en el barco. Él era tres años mayor que yo, venía de Galicia. Viajaba solo porque se había escapado de su casa. Nunca comprendieron que era un artista y que la bohemia no era un capricho, sino que era una forma de vida. Restauraba obras de arte con exquisitez y precisión, pero no era una profesión vista con buenos ojos por su padre.

—Sí, cómo no voy a recordar el talento del abuelo. Él despertó con su conocimiento mi amor por lo artístico, la arquitectura, los grandes escultores, los pintores, la música. Lo extraño mucho...

—Yo también... —expresó, con un suspiro, la abuela Clara.

—¿Y esperaron mucho para casarse? Fue el amor de tu vida, ¿no?

—¡Ay, Julia!, la vida por el mil novecientos no era como la de hoy.

—¿Y cómo era entonces? ¿La gente no se enamoraba y se casaba?

—Sí, pero era diferente. Había que esperar para todo y pedir permiso a los padres. Ahora, ustedes deciden por sí mismos, por ejemplo: vos no tuviste que esperar a que te aprobaran la convivencia con Gonzalo. Un día los sentaste a tus padres y les dijiste que te ibas... Me acuerdo cuando tu mamá me llamó nerviosa y llorando para comentarme —dijo, sonriente, Clara.

—¡Pero ahora está contenta, abu! Gonzalo es un gran hombre.

—Lo sé, es un encanto. Ya sabés que lo quiero como si fuese mi nieto. Además, disfruto mucho leyendo sus novelas. Me atrapan, me llevan a otro mundo. Creo que hace muy bien su trabajo, porque todo lo que escribe me emociona, me cala profundo. ¿Cuánto falta para que termine lo que estaba escribiendo? Hace mucho que no viene a visitarme.

—Esta noche pasa a buscarme por acá, porque él también me dijo que hacía mucho que no te veía. Vos sos la *abu* preferida —respondió Julia guiñándole un ojo y riéndose.

—¡Mentiroso!, pero comprador como ninguno. Entonces, ¿cuánto falta para encontrarme con su nueva novela?

—¡Hay sorpresas!

—Me estás poniendo nerviosa, Juliaaaa... ¿No me digas que estás embarazada?

—No, eso no, abu... —Rio. Es otra cosa.

—¡Ya me habías ilusionado! ¡No sé qué están esperando!

—La novela de Gonzalo va a estar acompañada por mis ilustraciones. Es un proyecto que

tenemos juntos desde hace mucho y por eso estuvimos más encerrados y poco sociables que de costumbre... No sé si esto justifica un poco mi ausencia en este tiempo.

La abuela Clara tragó saliva y sus ojos se inundaron de lágrimas. Las mejillas se le encendieron en un rosado incandescente, que contrastaba, furioso, con el color entrecano de su cabello.

—¿Abu, estás bien? ¿Qué te pasa?

—Nada, mi amor, es la emoción. No te olvides que ya estoy viejita y lloro por *casi* cualquier cosa.

En ese instante, se abrazaron fuerte. Julia sentía cómo el corazón de su abuela latía acelerado contra su pecho. Sintió temor de que se descompusiera. Quizás debería haber sido más cuidadosa al contarle. Pero tampoco comprendía por qué había reaccionado así.

—Me voy a recostar un ratito. Si quieres puedes ir a mi biblioteca y leer algunos de esos libros que te quedaron pendientes la otra vez. Cuando me levante, tomamos un tecito con la tarta de manzana que preparé.

—¡Qué rico! Primero te acompaño a la habitación y después me voy a leer. ¡Esa biblioteca es mi perdición!

Londres, 11 de abril de 1912

Srta. Clara, dueña de mi corazón y pensamientos:

En estas breves líneas, quería expresarle mi profundo dolor por la noticia que me ha llegado de su enlace con el Sr. Francisco Losada. No es que tenga nada contra ese buen caballero, de familia refinada y dedicada al buen arte, pero es que no comprendo tan alocada decisión de su parte. ¡Apenas lo conoce! ¿Cómo sabe que podrá amarlo? ¡Dígame! ¿O es que acaso fui yo solo quien sintió enardecido su corazón cuando la vi ingresar a mi clase? Usted, tan esbelta, orgullosa y bella. Sé que le llevo dieciocho años, pero nunca podría hacerle daño. Usted es un capullo delicado y dulce, con una inteligencia que deja sin aliento al más intelectual de los intelectuales. ¿Recuerda nuestras conversaciones en el parque acerca de literatura, tomados del brazo? ¿Y esa rosa amarilla que le regalé, porque hacía juego con sus bucles dorados? La amé desde el primer día, Clara. Llevo su beso cándido atado a mis labios y creo que no podré arrancarlo de mí nunca más. Aún tengo guardado el poema que le escribí esa tarde de otoño y que usted ilustró con sus trazos de colores. La ilustración más perfecta que pude haber visto en mis treinta y seis años.

¡La amo con locura, Clara! ¿Por qué rechazó mi propuesta matrimonial? Yo la hubiese podido hacer profundamente feliz. ¡Estoy destrozado! Pero todo buen caballero sabe cuándo ha de retirarse de la batalla. Me alejaré de usted y su familia, y le deseo todo lo bueno en su matrimonio.

Nunca la olvidaré. Seré suyo hasta la eternidad.

John

Julia dobló la carta y la dejó nuevamente dentro del libro. Los ojos se le humedecieron y sintió un chispazo en su corazón que la tuvo en vilo durante varios minutos. Todo cobraba sentido. La felicidad y el dolor se le atravesaron como una espada y ahí comprendió lo inmenso e indescifrable que es el universo del amor. Si el sentimiento que profesaba por su abuela era enorme, conocer su secreto la hizo amarla aún más.

—Juli, mi amorcito, ya me desperté. Dejé los libros por un rato y vamos a tomar el té, que se enfría.

La abeja reina

Su dedo índice le recorría con timidez el muslo. Ella entrelazaba sus manos sobre el cuello de Martín. Él sonreía mientras la besaba y no dejaba de apretarla contra la pared, tironeando su vestido de seda color *champagne*.

—¡Estás hermosa, Sabrina! —dijo Martín sin pestañear.

—¡Te extrañé tanto! —respondió ella, acariciándole con suavidad el cabello.

—Esperé tanto este momento, mi amor. No sabés cuánto.

—¡Yo también! —contestó ella y entornó sus ojos lentamente.

—¿Por qué dejaste de mirarme? ¿Qué es lo que te preocupa? Ya estamos juntos, se terminó la espera, la universidad, los problemas de dinero, las diferencias con la familia. Ya estamos aquí y es un lugar hermoso, como te prometí —expresó Martín sin dejar de acariciarle la cintura y las caderas.

Sabrina quería dejarse llevar y disfrutar de ese momento. Hacía cinco años que estaban de novios, pero la relación estaba marcada por la distancia. Ella vivía en la Ciudad de Buenos Aires y él, en Villaguay, Entre Ríos. Habían acordado que apenas culminaran sus estudios universitarios, Sabrina se iría a vivir a la chacra que tenía Martín, una herencia de su padre, un apicultor muy reconocido y querido por los vecinos de la zona. Y, por supuesto, ese cariño genuino se había hecho extensivo a Martín, el «niño de oro», como lo habían bautizado de pequeño por el color dorado de su pelo y pestañas, que no se parecía a ningún otro.

—Mi madre es vidente y me hizo una advertencia cuando preparaba las valijas —expresó, con firmeza, Sabrina.

—Sabri..., ya sabés..., yo la quiero mucho a Susana, pero acerca de las videncias y todo eso... —respondió Martín, ya separándose del cuerpo de Sabrina y haciéndole un ademán con la mano para que tomaran asiento en los sillones de mimbre blanco que estaban en el jardín—. Preparé una limonada con jengibre y menta, exquisita, especialmente para vos —comentó él para cambiar de tema. Ya sabía que, cuando Sabrina venía con la cabeza llena de pajaritos por las *videncias* de su madre, iba a costar mucho que se relajara y pudieran pensar en los proyectos que tenían en común.

—Es serio lo que me dijo. No puedo dejar de pensar en ello... —contestó, nerviosa, Sabrina—. ¿No tenés licor o *whisky*? Me da igual. Con la limonada no apaciguo mis pensamientos —sentenció ella.

—No me gusta el alcohol, solo compro cuando hay visitas. A vos tampoco te gustaba. Nunca pensé que a mi futura esposa en vez de la bebida fresca y dulce del limón, le gustaría beber alcohol como al hombre de campo.

—¿Y acaso no seré una mujer de campo, casada con un hombre de campo? —preguntó, con ironía, Sabrina.

—Bueno, bueno. Me parece que estás cansada y entiendo que el casamiento, los preparativos y la vida que vamos a llevar juntos te generen ansiedad. Uno se casa para toda la vida, pronto, seguramente, se agrandará la familia, y tendremos pequeños corriendo por todo el parque. Así dicho, todo junto y de golpe, hasta a mí me genera temor, pero te amo y cada día al despertarme, te lo juro, lo único que le he pedido a Dios en estos años era que faltara menos para este momento, este momento es hoy, vos y yo juntos, juntos, sin separarnos más.

—No se cumplirá, Martín. Por eso hace días que estoy así. No nos casaremos ni tendremos niños. Mi madre lo vio. Incluso se puso a llorar, y yo, atrás de ella. ¿Ahora comprendés por qué me siento así? —dijo, con voz triste y resignada, Sabrina.

—Mi amor, tu mamá también debe de tener muchas preguntas acerca de tu futuro. Sos su única hija y no te podrá visitar todos los días, como lo venía haciendo hasta ahora. Incluso pensé en ofrecerte que se venga a vivir a Villaguay, tengo gente amiga en las inmobiliarias de la zona, y con el alquiler del departamento en Recoleta, acá le podemos conseguir una casita linda, con parque, llena de árboles, y puede dedicarse a la pintura, que tanto le gusta.

—¡Estás en peligro, Martín! No sé cómo decirte.

Sabrina estalló en llanto y Martín la abrazó fuertemente para calmarla. Despacio la acompañó hasta la habitación. Le preparó un té de hierbas naturales de melisa, tilo y cedrón, con dos cucharadas de miel pura, producida por el propio panal de abejas que tenía la chacra. Le quitó los zapatos que llevaba. La tapó de manera delicada con las sábanas. Estaba preciosa. Le acarició las mejillas y le acomodó el cabello detrás de la oreja, y esperó a que se durmiera. Pensó que tanto estrés por el casamiento y los seis meses que llevaban sin verse la habían puesto en ese estado de fragilidad y temor. Creyó que el descanso y el té, preparado con tanto amor, la harían sentirse mejor. Decidió salir al jardín para tomarse la limonada que Sabrina no había querido y contemplar la belleza de ese paisaje tan sereno y azulado.

Se sentó en el sillón de mimbre, cerró los ojos y empezó a respirar el aire con aroma a pino fuerte, los pulmones se le agrandaban agradecidos por ese sublime oxígeno. De repente, un ruido implacable lo obligó a abrir los ojos y lo envolvió sorpresivamente. Empezó a gritar y a desesperarse. Una, dos, tres, diez, veinte, cincuenta, cien, miles de abejas lo rodearon, lo picaron sin permiso, sin prudencia. En los brazos, en las piernas, en el abdomen, en la cara, en la espalda; ninguna parte de su piel quedó sin ser arrasada por el veneno de sus protegidas. Sus gritos eran cada vez más estremecedores. Solo se escuchaba: «¡Sabrina, por favor, vení!».

No se lo veía, parecía cubierto por una nube oscura. Sabrina seguía dormida. Martín luchaba y luchaba y no entendía por qué lo estaban atacando. Si eran sus preferidas y las conocía desde

pequeño. Su padre le había enseñado el oficio, cómo tratarlas y cómo cuidarlas. Mientras su cuerpo temblaba y seguía luchando, el corazón de Martín se detuvo de golpe. No hubo nada para hacer. En ese mismo instante, las abejas abandonaron su cuerpo y se disiparon todas juntas, en grupo, como lo hacían siempre.

La abeja reina guiaba al resto.

Estaba claro, en la chacra había lugar para una sola abeja reina. Jamás compartirían a Martín.

Cita en Roses Park

— *¿En la confitería Roses Park se van a encontrar?*

— *Sí, Sebastián.*

— *¡Pero..., papá!*

— *¿Me podés ayudar o no?*

— *Sí, te puedo ayudar, pero podrían haber elegido otro lugar.*

— *Lo eligió ella y es suficiente. ¿Alguna vez la llevaste a Jazmín allí? Seguro que no, esta generación no entiende nada.*

— *Papá, no empecemos, por favor. Te paso a buscar a las quince y treinta, ¿te parece bien?*

— *Mejor, quince y cuarenta y cinco...*

— *¿Cuál es la diferencia entre un horario y otro?*

— *Mis nervios.*

— *Pero así tendremos más tiempo.*

— *¿Más tiempo para qué?*

— *Para que puedas acomodarte bien.*

— *Eso lo hago solo, creo que desde que nací. Siempre supe entender el momento, el lugar y la experiencia de vida que me tocaba afrontar.*

— *No estoy hablando de filosofía.*

— *Yo tampoco. Solo es sentido común.*

— *Con vos no se puede, papá.*

— *Con vos tampoco.*

— *Hasta mañana. Voy a ser puntual.*

— *Es lo único que te pido, el resto estará bien. Chau, hijo, y... ¡gracias!* —dijo Julio, y colgó el teléfono.

A pesar de parecer un hombre duro con Sebastián, tenía devoción por él, por su nuera Jazmín y sus dos nietas: Antonella, de siete años, y Ámbar, de cuatro. Eran su familia, con la única que podía contar. Ya ni amigos le quedaban. Todo había sido esplendor hasta ese día del accidente en la ruta, cuando salió despedido por el aire y se golpeó la cabeza contra la banquina. Un mes en terapia intensiva estuvo. Una y otra vez contaba cómo sintió que su alma salía de su cuerpo y se veía a él mismo en la cama del hospital, mientras su fiel esposa Bianca le tomaba las manos y le

decía que por favor no lo dejase, que juntos podían contra el mundo.

Después de meses de internación y rehabilitación, había vuelto a su hogar. Caminaba, pero con andador. Al principio lo detestaba, lo consideraba un insulto, una provocación a su persona. Era una extensión de él, lo que lo conectaba con el mundo y con la vida.

Su mujer había fallecido dos años después. Su corazón, sin motivo aparente, dijo adiós. Julio, desde ese momento, retrocedió física y emocionalmente. Había sido un cachetazo inesperado que lo dejó desarmado. Casi no quería comer. Quitó todas las fotografías de su casa. No quería que nadie lo visitara, ni siquiera su adorado Sebastián. Las persianas estuvieron bajas por un año. Había sido parte del duelo. Le parecía que dejar entrar la luz del sol era un despropósito, una burla hacia Bianca. Y él, un hombre tan correcto y derecho, no podía permitir que eso sucediese. Sin embargo, un llamado y una noticia le habían brindado el oxígeno que se le estaba acabando.

«—Papá, ya sé que no querés atender a nadie. Pero te lo voy a dejar grabado en este contestador para que lo escuches una y otra vez: ¡vas a ser abuelo!».

Cuando hubo escuchado el mensaje, Julio lloró, lloró y comprendió el significado de que a veces la vida te da y te quita. Eso era un regalo del cielo y estaba seguro de que Bianca había intercedido celestialmente para que ocurriese ese milagro. Ese día no lo llamó a Sebastián, porque quería limpiar y ordenar su casa. Pero como él no podía hacerlo, porque apenas si podía levantarse de la cama y dar unos pasos hasta el baño, se había contactado con una empresa de servicios de limpieza y ordenó que fuesen a la vivienda. Se abrieron las cortinas, se lavaron los vidrios, regresaron los portarretratos a los muebles. Hasta se compraron jazmines para colocar en los floreros. Una sonrisa se había esbozado en su rostro. La primera desde hacía un año.

Al día siguiente, había invitado a Sebastián y a Jazmín a cenar a su casa. Su hijo se sentía doblemente feliz: por la llegada de su primer hijo y porque ese acontecimiento le había devuelto las ganas de vivir a su padre.

Desde la muerte de Bianca, Julio no había pensado ni tenía ninguna intención en conocer a otra mujer. Vivía para sus nietas. Era lo único que le llenaba el alma. Sentarse con ellas a ver películas de princesas era el mejor plan para su fin de semana. Pero su hijo, que deseaba que su papá tuviese una nueva oportunidad, le había regalado, para el día del padre, una *notebook*. Le enseñó a usarla, le explicó cómo leer las noticias en los diarios digitales, le comentó para qué se usaban las redes sociales y le creó un perfil en Facebook. Al principio, Julio se resistió y le parecía una pérdida de tiempo, pero con los días, se convirtió en un pasatiempo y en una rutina: tomar el café con dos cucharadas de azúcar y leer las noticias del día, y no solo de los medios nacionales, sino también de los internacionales.

Pero la sorpresa que devino en emoción, había sido la llegada de una solicitud de amistad en Facebook: Magdalena Aráoz. El corazón le había empezado a latir en forma acelerada, las manos le sudaban. Se acercó bien para ver la foto de perfil, y sí, ¡era ella! Su primera novia, la que no se olvida, la de los poemas y los besos robados a la luz de la luna. Si hubiese podido pegar un salto, lo hubiese hecho. El tiempo había pasado para ambos, aunque, en algún rincón de su alma,

nunca se habían olvidado. Entablaron conversación rápidamente. Ella también estaba viuda y tenía tres nietos, todos varones. Pasaron noches enteras conversando hasta que ella sugirió encontrarse en persona. Él no le había contado mucho de su dificultad motriz. No quería desilusionarla. Magdalena le propuso volver a esa hermosa confitería, Roses Park, que aún se hallaba en el piso dieciocho del edificio Boris, donde él, a los veinte años, le había declarado su amor. Julio aceptó sin el más mínimo reparo. Por eso, había llamado rápidamente a Sebastián para que lo ayudara a llegar hasta allá.

Aquel era el gran día. La volvería a ver. Se vistió con el mejor traje que tenía y se colocó algunas gotas de ese perfume francés que usaba en ocasiones especiales. En el trayecto, le pidió a su hijo que se detuviese en una florería y le comprase un ramo de rosas blancas, porque recordaba que eran las preferidas de Magdalena.

Llegaron al edificio Boris, y Julio casi llora; no había regresado desde los veinte años.

—¡Vamos, papá!, no llores. No querrás que Magdalena te vea así.

—Por supuesto que no.

Ascendieron al piso dieciocho; la confitería estaba muy cambiada, sin embargo, la cascada de piedras seguía estando allí, cerca de la ventana. Volver a encontrarse con algo conocido era como sentirse en casa.

La mesa ya había sido reservada. Sebastián lo ayudó a que pudiera sentarse bien y le dijo que daría una vuelta con el auto, pero que se mantendría cerca para cuando quisiera regresar a su casa. Se despidió y le dio a su padre un beso en la frente.

Unos instantes después, el ascensor se abrió y apareció Magdalena: elegante, con la sonrisa dulce, como él la recordaba. Caminaba con un bastón, despacito y un poquito encorvada. Él se puso de pie con ayuda de su andador, la esperó, le corrió la silla y le dio un beso en la mejilla.

—Tenía miedo de que me rechazaras, uso bastón para caminar —dijo Magdalena cuando se sentaron.

—Y yo, como verás, hermosa, sin andador no puedo dar dos pasos —contestó Julio, sonriendo.

Se tomaron de las manos y no dejaron de reír a carcajadas. La vida les estaba dando una segunda oportunidad y no querían desaprovecharla.

Sentencia

Sentados frente a frente, el mundo parecía hundirse debajo de sus pies.

—Firme aquí, señor Santinelli, y al lado, usted, señora Lares.

—Prometo amarte y respetarte hasta que la muerte nos separe.

—Entonces los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

—¿No tenés inconveniente en que pase a buscar a María Paz los martes, jueves y fines de semana por medio?

—No, me parece importante que tenga una relación continua y compañera con vos.

—Señora Lares, ¿usted está de acuerdo con el monto que se fijó para la cuota alimenticia de su hija?

—Sí, me parece justa. ¿Hace falta algo más, o ya nos podemos retirar?

—Aguarden unos minutos, que falta la firma del juez.

La tomó de la barbilla con suavidad y sus labios sellaron un tibio beso. Emocionados, se tomaron de las manos y salieron de la iglesia. Habían luchado tanto por estar juntos. El amor que se tenían no conocía de límites ni de obstáculos, porque los habían sorteado todos...

—Lucía, ¿puedo decirte algo?

—Sí, claro.

—Señor Santinelli y señora Lares, aquí tienen la copia de la sentencia. Están oficialmente divorciados. Les agradecemos la sana convivencia que mantuvieron durante esta instancia tan difícil. La falta de conflictos entre ustedes connota la madurez con la que han tomado esta decisión.

—¿Qué me querías decir, Ignacio?

—Creo que no tiene importancia a esta altura.

Y se amaron con locura bajo la luz de la luna, en esa playa de bellezas tropicales. La arena blanca los envolvía, suave. Esos cuerpos estaban delineados el uno para el otro. El sonido del mar acompañaba los besos y los gemidos rítmicos. Él no dejaba de contemplarla y adorarla.

—*Sos tan hermosa y tan mía.*

—*Sí, mi amor, y vos tan mío... para siempre...*

—¿Te alcanzo hasta la estación de subte?

—No, gracias. Prefiero caminar.

—Pero no me cuesta nada.

—Pero a mí sí me cuesta. Tengo que aprender a caminar sola.

—Pero yo no te voy a dejar sola con María Paz.

—Ignacio, estamos divorciados. Ya sé cómo sos con nuestra hija; no tengo dudas de que vas a seguir siendo un gran padre. Lo que te digo es otra cosa. Estar divorciados implica que un día yo te veré caminar de la mano de otra mujer, o tal vez seas vos quien me vea a mí caminando de la mano de otro hombre.

—No me parece que este sea el mejor momento para dar rienda a esas ideas.

—No son ideas. Tenemos que soltarnos.

—Pero yo te amo todavía.

—Yo también..., pero nos hicimos mucho daño.

—También lo sé..., ¡pero podríamos haber intentado salvar este sentimiento!

—Lo intentamos en cada reconciliación, en cada beso, en cada cena; pero después volvían las discusiones, los gritos, la frialdad, las noches solitarias, mis lágrimas y tu indiferencia.

—¿Vos creés que a mí no me dolía verte llorar?

—No lo sé, nunca observaste mi dolor. Hubiese sido más fácil detenerte, abrazarme y secarme las lágrimas, pero no lo hiciste. Te pido por favor que hagamos este momento menos triste. Dejame ir, y dejame verte partir.

—Está bien... Te digo algo más y me voy. Mientras firmábamos, me acordé de nuestra noche en

la playa, cuando estábamos en la luna de miel. ¿La olvidaste?

Al escuchar esa confesión, Lucía tembló y no le respondió. Los ojos se le llenaron de lágrimas que tuvo que contener. Le dio un beso rápido en los labios y bajó las escaleras de Tribunales lo más rápido posible.

Ella... ella también lo había recordado.

Veo su reflejo

—**P**arecen cisnes enamorados y libres.

—Así, como nosotros, que no podemos vivir el uno sin el otro.

—«Libres» te dije, creo que no entendiste.

—Bueno, gorda, después hablamos, ahora disfrutemos del espectáculo.

Leonardo pensaba que había una esperanza, que el amor entre Mahia y él no podía acabarse sin haber hecho un intento más. Ella era la que más se había acercado a su ideal de mujer. Cada vez que la observaba dormida entre sus brazos, con el cabello pelirrojo y esas pecas en su rostro que lo volvían loco, se extasiaba con su belleza. Se derretía cuando la veía caminar en la mañana con su camisa entreabierta y esa sonrisa pícaro que le hacía saber cuánto ella lo deseaba. Después el café, leer juntos el diario y dejarla tempranito en el trabajo. Era de él. ¿Cómo podría aceptar que, quizás, cuando acabase la noche, sería de otro?

—¡Mirá ese salto! ¡Mirá cómo entrelazan sus brazos y piernas! ¡Qué cuerpos esbeltos y estilizados! ¡Hacen magia en el aire! Quisiera estar ahí con ellos.

—Mahia, mi amor, ¡podés volver a entrenar! —dijo Leonardo con una leve sonrisa.

—Los entrenamientos son los martes y viernes. Y me pediste que los martes y viernes cene con vos en tu casa.

—Suena a reproche u obligación.

—Si te *suen*a es porque así es.

—No vinimos a discutir, ¿o sí? Vinimos a compartir este *show* que tanto te gusta. Fue parte y es parte de tu vida. Y me gusta verte feliz.

—Leonardo, no vinimos para que vos *me veas feliz*. Venimos a despedirnos. Yo no puedo ser esa mujer que vos querés que sea.

Sentados en las butacas del Circo Star, mirando hacia el frente, sin siquiera rozarse las manos, extendieron y fundieron sus pensamientos con las luces brillantes del escenario. La música los envolvía y los tensaba. Cada uno se retorció en su asiento, con ganas de gritar y aullar, de calmar el dolor.

—¿Cuál es el problema que tenés con ella?

—Ninguno.

—Entonces, menos comprendo.

—¿No la observaste el otro día frente al espejo?

—Siempre se mira al espejo.

—Pero el otro día fue diferente. Me impresionó. Es el reflejo de...

—No, Mahia, la verdad, me parece una excusa. La conocés desde hace tres años, y, además, es amorosa.

—Nunca te dije lo contrario.

—¡Me vas a volver loco! Seguro, cuando te juntaste con Verónica, te llenó la cabeza. Vos estás preparada para asumir este compromiso y mucho más. Además, te he visto con ella y sos muy dulce.

—Verónica no tiene nada que ver. No hablé con ella acerca de esto que me pasa. Me apena que no puedas verlo ni entenderlo.

Columpios. Lanzallamas. Bastones. Equilibristas. Danza y fuego. El espectáculo se trenzaba ondulante, envolvente, y generaba emociones contrastantes: llanto y alegría; miedo y osadía; pasado y futuro. Estar ahí era el cielo y el infierno al mismo tiempo. Leonardo solo había elegido esa salida porque Mahia sentía amor por el circo y su sueño era, un día, pertenecer al cuerpo de trapecistas.

—Falta poco para que termine —expresó, en tono angustiado, Leonardo.

—Lo sé —afirmó, con tristeza, Mahia, y continuó—: Lo nuestro también.

—¿Por qué? Florencia es mi vida entera y me conociste sabiendo que tenía una hija. Lo aceptaste, la conociste, te involucraste con ella. Hemos salido juntos y nos hemos divertido hasta el cansancio. ¿Te acordás cuando hicieron la torta para mi cumpleaños y dejaron la cocina hecha un desastre? Pero yo estaba feliz... porque lo habían hecho con tanto amor y sonrisas... que era imposible no quererlas.

—Me acuerdo.

—¿Te acordás?, pero no podés mirarme a la cara. Si te pedí que vinieras los martes y viernes a cenar, era porque quería mostrarle a Flor que estábamos armando una familia y que ella era parte de esa familia. Además, no sé, ¿alguna vez ella te hizo o dijo algo que te molestó y yo no lo sé?

—No. Tu hija es un sol.

—Gracias, yo lo sé. ¿Entonces?

—Creo que nunca lo vas a entender porque no sos mujer. El otro día, cuando se quedó con nosotros, la observé en detalle. Vi cómo tomaba el cepillo de cabello y se peinaba, cómo se perfumaba y se acomodaba los bucles detrás de las orejas. Luego se puso rubor en las mejillas y se acomodó el lazo de su vestidito.

—¡¿Y?!, es coqueta. Tiene siete años, ¿qué tiene eso de malo?

—Es igualita a su madre. En gestos, en detalles, en su forma de hablar y caminar. Y yo nunca podría convivir con esa presencia femenina que es el reflejo perfecto de tu ex.

«Linda, la gordita»

Se miró al espejo. Una arruga en el entrecejo le advirtió que ya no tenía veintipico. Hacía tiempo que mirarse una y otra vez, por la mañana y en la noche, se había convertido en su tarea preferida, era un instante en el cual deseaba encontrarse con aquella jovencita.

Rímel. Rubor. Labial. Perfume. Casi como un guion diario seguía los pasos sin saltarse ninguno. Nada era suficiente. Se alejaba rápido de esa imagen que le devolvía el espejo. No lloraba, pero por dentro tenía un demonio que no dejaba de colgarse de sus palabras y le arrancaba quejidos, sin saber cómo aquietarlo.

Al salir a la calle, quería regresar, y en su trabajo no podía concentrarse. Comerse un chocolate a escondidas era su pecado más sabroso. Pero, luego, se odiaba. Se preguntaba en voz baja: «¿Qué estás haciendo, Andrea?».

No almorzó. Utilizó esa hora para salir a caminar. La calle Florida le parecía homogénea, densa y arrebatada. Era mejor caminar que pensar. Era mejor caminar que pararse en esa galería y contemplarse en el espejo. Si caía en la tentación de hacerlo, se encendería aún más el demonio que llevaba en ella. Sus tobillos ya no eran tan estilizados. Su cabello se había vuelto frágil y fino. Y sus caderas ya no encajaban en el talle treinta y ocho. Se detuvo en el kiosco de revistas y sus ojos repararon en una revista que ofrecía la fotografía de una mujer de su misma edad, actriz famosa y madre de su segunda hija. Aunque quería convencerse de que las *celebrities* podían estar así de espléndidas por el tipo de vida que llevaban, su argumento no la convencía.

Empezó a desesperar.

Siguió caminando. Hacía mucho calor, quería quitarse el abrigo, pero si lo hacía, sentía que todos observarían sus hombros caídos y sus brazos poco tonificados. No quería escuchar lo mismo que en la primavera anterior.

—Linda, la gordita —le dijo un hombre que pasaba a su lado.

La gordita tapaba a la linda. Así vivía, escondiéndose, comparándose. Quería ser la de antes, la de los tobillos estilizados, las caderas estrechas, el cabello ondulado y salvaje que le llegaba hasta la cintura, y los pechos soberbios, que armónicamente se amoldaban a su camisa blanca de *jersey*.

Entró a un café; el calor se había alojado en sus mejillas. Pidió una Seven-up *light* con mucho limón y hielo.

—¿Quiere algo para comer? —preguntó, con amabilidad, el mozo.

—¡No, no quiero comer nada! —le respondió Andrea intempestivamente y enojada.

El mozo no comprendía por qué se había sentido ofendida. Nunca lo comprendería. Comer era igual para ella que ingerir calorías y alojarlas en forma de kilos en el contorno de su cintura y en los muslos de sus piernas. Subió con rapidez al primer piso y entró, enloquecida, al *toilette*. Volvió a mirarse. Estaba desencajada. El rímel se le había corrido y casi no había rubor. Las ojeras no habían sobrevivido al corrector. El cabello, por el sudor y la bronca, se le había pegoteado al cuero cabelludo. Se miró la falda: «¡Parezco una calesita de flores! ¿Cómo pude haber salido así a la calle?».

Quiso retocarse el maquillaje, pero los nervios no la dejaban abrir el estuche donde guardaba los cosméticos de auxilio. Jamás salía a la calle si no llevaba el bolsito de pinturas, el cepillo de pelo y el perfume. Eran los tres imponderables. Salir sin ellos la hacía sentirse desnuda. Miró el reloj, en quince minutos debía volver a la clínica. No podía regresar en ese estado. Dos lágrimas quisieron dar forma en el punto inferior de sus ojos, pero tomó una bocanada de aire y se pidió a sí misma calmarse. No sabía bien cómo acomodar su cabello. Al final, decidió sujetarlo con una horquilla que casi ni se veía.

Así como ella, quería convertirse en invisible.

Le pagó al mozo y se fue apurada, sin beber nada. La sed la trastocaba, pero ya había perdido demasiado tiempo. Sus pensamientos la habían amordazado. Recordó que esa mañana, su marido había querido hacer el amor con ella, pero le fastidiaba que en los últimos encuentros él prefiriera hacerlo con la luz apagada. Ella aceptaba, pero por dentro estallaban los demonios y le gritaban al unísono: «Ya no le gustás, por eso prefiere no verte». Entonces el encuentro se parecía más a una tortura que a un juego del amor. Se parecía más al sonido estridente que le golpeaba la cabeza que a una melodía dulce que la atrapase. Pablo no lo sabía. Tan solo podía percibir su incomodidad, pero cuando él le preguntaba si había algo que estuviera haciendo mal, Andrea le respondía sistemáticamente que solo estaba sensible y que era un problema de ella, que él no tenía nada que ver.

Si apuraba sus pasos en la última cuadra, llegaría a tiempo. «Solo un poco más de esfuerzo», pensaba.

La puntualidad y su buena organización en el trabajo eran las claves de su desempeño. Por eso trabajaba con el doctor Alonso desde hacía doce años, y como él mismo decía: «Tengo la mejor secretaria a la que podría aspirar. Es impecable, equilibrada, con buenos modales, inteligente y, sobre todo, conoce a mis pacientes. Sin ella, no podría hacer un buen trabajo».

Andrea llegó a la clínica, colgó su cartera y su abrigo en el perchero. Se ubicó detrás de la recepción porque a las catorce horas en punto llegaría una nueva paciente y ella sería la primera en recibirla y en hacerle la ficha médica. En esa oportunidad, la consulta con el doctor Alonso era para realizarse una lipoaspiración y gluteoplastía.

Esa vez, Andrea no podía recibirla. Se sentía acorralada. Doce años de su vida prestando su

atención y su compasión a otras mujeres, a otros ojos, a otros cuerpos. Era demasiado. Todo eso se le había vuelto en contra.

—Perdón, doctor Alonso, pero tengo que retirarme. No me siento bien; creo que estoy muy estresada.

—No se haga problema, querida Andrea. Usted siempre tan cumplidora. Descanse y la espero mañana.

—Gracias, doctor. Hasta mañana.

Salió a la calle y volvió a respirar.

Amores de bar

El bar tiene el aspecto de esos bodegones antiguos, donde el aroma a medialunas recién horneadas se cuele entre las almas solitarias —o acompañadas— que se desparraman sobre las sillas de madera. Suave, sin entorpecer el clima de esas almas, John Lennon se apodera del lugar con *Imagine*.

Darío lee concentrado. Se sirve un poco de gaseosa. Su mochila negra y gastada está apoyada sobre la silla de su costado izquierdo. De repente, levanta la cabeza, se pone los lentes de marco metalizado y observa a través de la ventana. Empieza a llover delicadamente. Mira hacia un costado, mira hacia afuera. Se quita los lentes, los apoya con brusquedad sobre la mesa. Se los vuelve a poner.

Una joven entra al bar y observa detenidamente. Él, que ya la había visto, sonrío tibiamente y le hace una seña de que está allí. Toma con su mano izquierda el vaso y se le vuelca la bebida sobre la mesa. La joven se acerca con rapidez y su pie se tuerce hacia un costado. Lleva zapatos altos de plataforma y un tapado rojo, entreabierto, largo hasta los tobillos. Allí asoma una parte de su falda aterciopelada y ajustada, que le llega a la rodilla. Una blusa de satén color manteca termina de ilustrar su vestimenta. Cuando llega a la mesa donde está él, le da un beso suave en la mejilla. Él se sonroja.

—Hola, Darío, ¿cómo estás? —pregunta mientras se quita el abrigo. Del bolsillo de su tapado saca una colita de pelo e improvisa un rápido y desprolijo rodete.

—Bien, bien... —afirma él y toma en sus manos dos libros. Le señala una página y agrega—: Es un montón lo que tenemos que preparar para el final. Ya no me queda nada; leo y leo, y sigo perdido.

Isabella se inclina un poco hacia delante y con un ligero apretón, acaricia la mano de Darío. Él se vuelve hacia atrás de la silla y, sin mediar palabra, llama al mozo.

—¿Qué merendamos? —pregunta él.

—Y... —responde ella, haciendo una pausa breve—, un capuchino con un tostado. ¡Eso creo que me vendría bien!

—Está bien, compartamos un tostado. Yo sí almorcé —se ríe—, pero, bueno, te acompaño —dice Darío, un poco más distendido.

El mozo los mira y se sonrío.

—Anoche hice un resumen. En una de esas nos puede servir —le asegura Isabella, y saca de su cartera un cuaderno tipo arte. Él no deja de mirarla. Ella no se da cuenta y sigue buceando entre las hojas escritas en birome negra—. Acá está, ¿quieres que lo lea y lo vamos comentando? —le interroga ella, y se suelta el cabello. Es pesado, brillante y cae gracioso sobre su blusa.

Él la mira sin pestañear. Ella levanta los ojos, se chocan violentamente con los de Darío; se sonríe, se sonroja, mira hacia el piso y lo vuelve a mirar.

—Dale, estudiemos —lo acorrala Isabella con voz dulce.

—Pero... ¡si es lo que estamos haciendo! —responde, sonriente y cómplice, Darío.

Suena el celular una vez, dos veces, tres veces. Ella no lo atiende.

—¿Por qué no atendés? —interroga Darío.

—Es que... no quiero atender. Me quiero concentrar. Ayer... —sin terminar la frase, ella mira la pantalla y lo apoya con desánimo en la mesa.

Darío se desespera, le cambia la expresión de la cara.

—Otra vez discutiste con Matías, ¿no? Y van ya... —le pregunta casi enojado.

—No quiero hablar de Matías. Sigamos con el final, que es lo único que me importa en este momento.

—Es que ya no sé cómo decirte, Isa, que él, él...

—Él, ¿qué? —lo interpela, desafiante y seria, Isabella.

—No quiero lastimarte, pero él no te ama genuinamente.

—¡Basta, Darío! No quiero escucharte. Tus palabras me hacen mal. Matías, a su manera, me ama.

—¿Estás segura de que *te ama*, en el sentido de dar lo mejor para verte feliz, para hacerte feliz?

—Darío..., nadie ama así. Eso está en los libros, en las películas. Eso es una mentira que nos hicieron creer para mantener la esperanza de que existe un amor con esa infinitud. No hay tal amor —sentencia Isabella mientras vuelve a recogerse el cabello, y se seca las lágrimas de sus ojos y mejillas.

—Te sorprenderías si supieras que ese amor existe y que es posible vivirlo —le dice él casi en un susurro, mientras con dulzura le corre un mechón de la cara. Isa se muerde el labio inferior. No pueden dejar de mirarse. Se toman las manos y, en un instante, se las sueltan.

Alguien entra al bar de manera alborotada.

—Estabas acá. Yo sabía que te iba a encontrar. Por favor, hablemos... —interrumpe con vehemencia Matías, tomando el hombro de Isabella y dirigiendo su mirada como una lanza.

Ella lo mira sorprendida, no lo esperaba. Roza su mano, gira la cabeza buscando los ojos de Darío. Él ya no la está mirando.

—Darío, ¿te molesta si me voy? Podemos juntarnos mañana temprano, un ratito antes del final, para repasar. Te dejo mis apuntes, por si los necesitás —le dice ella, con vergüenza, con timidez.

—No hace falta, nos vemos directamente en la facu. Llévate los apuntes, te van a servir para ir más segura a rendir —responde él con tono molesto.

—Vamos, Isa. Chau, Darío. ¡Suerte en el final, campeón! —expresa, con una sonrisa socarrona, Matías.

Isabella se levanta con celeridad de la mesa. Quisiera desaparecer lo antes posible. No quiere mirar a Darío. Se despide de él con un «chau» frío. Matías la toma de la cintura con firmeza y sale con ella del bar. Darío observa cómo él le dice algo en el oído; mientras, no deja de llover. Los ve cruzar la calle.

La lluvia comienza a empañar los vidrios y él agradece semejante solidaridad de la naturaleza. Querría arrancarse los ojos; lo haría si tuviese la certeza de que nunca más volvería a enfrentarse con esa escena.

Mi fan número uno

Estoy nervioso. Prendo un cigarrillo. El calor me está sofocando y no me deja pensar. Avenida Santa Fe es una fila de autos, como una hilera de tortugas que no se mueven. Estoy sentado en mi coche, con la ventanilla abierta y la camisa desabrochada; el sudor me envuelve en un estado de somnolencia. Enero en Buenos Aires es para los valientes, yo nunca soporté las temperaturas mayores a veintidós grados. Estoy pasando por debajo de Puente Pacífico, quiero acelerar, pero el tráfico no me deja.

¡Ella está a cinco autos de diferencia! ¿Cómo no me di cuenta? ¡Qué estúpido soy! Era (¡es!) tan hermosa. El semáforo también está en mi contra y su luz roja furiosa me alerta, me desespera. Ahora ella está cada vez más lejos. En este momento la odio, la odio con todo mi ser, tanto como me seduce. Se me cruzan por la mente sus besos y su cabello azabache desparramado sobre mi almohada. Su cuerpo parecía moldeado para mis manos. ¡No, no, no quiero pensar en eso! Me hizo lo peor que alguien me podría hacer. Empiezo a avanzar y logro estar a dos autos de diferencia. El semáforo en verde es la señal para que apriete el acelerador y logre ponerme detrás de su coche, pero ella pisa a fondo y se me vuelve a escapar. No me ve. Ya cruzamos Malabia, Scalabrini Ortiz; estamos cerca del Alto Palermo Shopping. Dejo de ver su automóvil, ¿cómo lo hizo? Es una mujer inteligente, de eso no hay dudas. Me meto en el estacionamiento del *shopping*. Me asfixia tanta cantidad de vehículos, sus colores brillantes y llamativos casi me ciegan. En realidad pienso que ella me cegó, me cegó al mirarme con esos ojos grises transparentes y esas pestañas intensamente negras que me fulminaron sin que yo pudiese tener un minuto para defenderme. Me acuerdo cuando la conocí hace un par de semanas, en ese Starbucks de la calle Corrientes. Yo había finalizado la reunión con mi editor, con una sensación de dicha tan plena que no podía traducirla en palabras. Iba a encontrarme con Santiago para contarle la buena nueva. Es mi mejor amigo, pero siempre lo sentí como si fuese mi hermano mayor, nos conocemos desde el jardín; sus palabras y consejos siempre funcionaron como una guía para mí.

No estoy encontrando lugar para estacionar y me siento atrapado en un laberinto de personas y autos. El *shopping* nunca fue mi lugar preferido. A decir verdad, lo aborrezco; lo único que dejaría con vida de los cientos de locales son las librerías. Yo sería una especie de guardaparque, pero de libros. Un defensor acérrimo de las letras. Por eso ella me embelesó desde ese primer instante. Yo estaba tomando un café expreso, y Santiago se había pedido un café *mocha*, un clásico

café con crema, pero que en Starbucks parece teñido por una nominación lingüística que hace pensar que se trata de algo diferente, de otro mundo, casi soñado. Lo único que yo encontraba de soñado era Lucía. Bueno, en ese momento, no sabía cómo se llamaba, solo pude advertir la coquetería de sus zapatos de color rojo, rojo furioso, ¡como el semáforo!, y su cartera haciendo juego. Su camisa blanca me permitió adivinar, a distancia, la forma de su cuerpo; el cabello parecía una mantilla negra que le envolvía ese rostro perfecto. Pero el detalle mayor lo tenía entre sus manos: un libro que leía de forma compenetrada y sin pestañear. Yo intentaba adivinar cuál era el título, siempre anoto en mi libreta los nombres de los libros que la gente lee. Soy un obsesivo. Al final del día armo un listado y empiezo a separarlos por categoría y autor. Una locura, mi locura, pero arduamente fascinante.

Por fin puedo encontrar un lugar para estacionar. Voy a dar una vuelta por el patio de comidas. Quizás se haya escondido en el local de maquillajes o en la librería. Tengo que encontrarla. Estoy desesperado. Se llevó todo lo que tenía. No tengo otro igual. Años de mi vida, noches sin dormir, mi corazón y mi alma puestos ahí. Y ahora lo perdí, y la perdí a ella también. ¿Por qué no me di cuenta? Sus palabras dulces y su forma de acariciarme con la mirada me habían hecho sentir que algo fuerte sucedía entre nosotros. No quiero pensar que todo fue mentira. Pero yo sentí que nos estábamos enamorando. ¿O me habré enamorado solo yo? No sé si tiene algún sentido que yo haga este debate en mi cabeza. Tengo que encontrarla y decirle que me lo devuelva. Es mío... Toda mi vida trabajando en este proyecto. La estoy viendo, está en la escalera mecánica.

—¡Lucía! —le grito.

Ella no me escucha, hay mucha gente. Trato de tomar el ascensor, pero hay que esperar aún más. No puedo aguardar y perderla de vista. Me meto como un desquiciado entre las personas que están en la escalera mecánica, como un desquiciado también voy pidiendo permiso y subo lo más rápido que puedo. Me paro en el medio del patio de comidas, miro para un lado, miro para el otro, tratando de que mis ojos sean radares de lo imposible.

La encontré, la estoy viendo.

Está sentada, tranquila, y con mi... Tengo que acercarme despacio. Camino hacia la mesa donde está leyendo.

—¡Lucía, devolveme el manuscrito! —la interpelo firme. Ella suspira y traga saliva. Sin el menor intento de escapar, ni de resistirse, me lo entrega. Quedo sorprendido.

—Sentate —me dice en un tono suave que me estremece. No estoy convencido, pero, por una extraña razón, lo hago.

—¿Por qué te lo llevaste? Mejor dicho, ¡me lo robaste del escritorio! ¿Vos sabés los años que llevo escribiendo esta novela? ¿El tiempo y la dedicación que tienen cada una de estas palabras? ¿Qué pasa? Lo querías llevar a una editorial y decir que lo escribiste vos. ¿Ese era el plan?

—No, Mariano, no... —me responde dulce, avergonzada.

—¿Y entonces? —le pregunto con tono desconcertado.

—Es que cuando nos conocimos, vos me dijiste que eras escritor.

—¡Lo soy! ¡No te mentí! —respondo desesperado.

—Pero lo que no sabía y descubrí este fin de semana es que tu seudónimo es Luca Santoro.

—¿Y en qué cambia eso?

—Es que yo tengo todas tus novelas y tus cuentos. Podría decirse que soy tu fan número uno. En la tapa de los libros no aparece tu foto, solo una caricatura que se distancia mucho de lo que realmente sos.

—¿Y cómo soy?

—Extremadamente hermoso e inteligente. No pienses mal de mí, quería ser la primera en leer tu novela antes de que se publicara, antes de que esté en venta en todas las librerías y plataformas digitales. Pensé que no ibas a querer dármele para leer y me la llevé. Quería leerla y luego devolverla a su lugar. Perdoname, estuve mal... ¡Es que no puedo creer estar saliendo con el escritor de mis sueños!

No pude hacer otra cosa que abrazarla y besarla. Ya no me importaba el manuscrito. Era la primera vez que una mujer me amaba por mi tortuosa pasión hacia las letras.

Que te enloquezca

*V*iernes 8 de septiembre de 2005

Cuando se fue, la odié con el veneno de las palabras, con la vena hinchada latiendo minuto a minuto, con la mano a punto de golpear la pared, con la punzada en el corazón que no me dejaba dormir; pero también la extrañaba como un loco, con los ojos desorbitados, balbuceando entre lágrimas su nombre, apretando firmemente el puño como queriendo retener su dulzura, su forma de quererme. La dejé ir por mi imbecilidad, por mi soberbia. Ella, que había movido mi mundo; no supe nunca qué hacer con ella...

—¿Qué estás leyendo, amor?

—Estaba revisando unos planos de la casa de Fernández. No sé para qué me metí en ese proyecto, el tipo es complicado y me cambia todo el tiempo la distribución de los espacios. Es un loco enamorado de su idea, pero no sabe cómo llevarla a cabo.

—Está bien, te dejo tranquilo, en un rato ya sirvo la comida; preparé pollo con arroz en salsa de champiñones, junto a un vinito de lujo que compré en la feria *gourmet* el fin de semana pasado. Aprovechemos que los chicos no están y cenamos solitos. ¡Acordate, con esta cena te vas a olvidar de todo!

—Gracias, hermosa mía, en un rato voy.

Martes 21 de mayo de 2013

¡Por Dios!, cómo le explico que la vi, que se me saltó el corazón, que estaba preciosa con su falda a media pierna, apenas insinuando su silueta pequeña y delicada, su blusa color perla traslúcida dejaba asomar un retazo de puntilla, sus bucles dorados, brillosos, revoltosos hasta la cintura, y sus ojos avellana que no dejaron de parpadear cuando me la encontré frente a frente. Solo pudimos abrazarnos, solo pude llorar, solo pudo llorar.

«¿Por qué lloras?», pregunté, secando sus lágrimas con mi pañuelo.

Me sonrió con aquellos labios cereza que alguna vez besé con fuerza, con autoridad, con desafío.

«De felicidad», me contestó. «Me da felicidad volver a verte, a pesar de todo, a pesar de lo que no pudimos hacer, a pesar de nuestras vidas distantes, a pesar de nuestros sueños

borrosos y de todo lo que se rompió. Ya te perdoné, soy feliz, estoy en paz». «¿Me comprendés?», me interrogó. La separé de mi cuerpo, con rechazo, con bronca o con ¿odio?, aquel que una vez me nubló la vista y no me permitió hacer nada por ella, por mí, por nosotros.

«¿Qué ocurre?», me preguntó. Yo no respondí. Estaba vacío, las lágrimas salían alborotadas sin poderlas parar.

«Es que... yo... yo, Abril..., esperaba...».

«¿Qué esperabas, Santiago? ¿Qué esperabas que pasara si nos volvíamos a encontrar después de tanto tiempo?».

—Santi, mi amor, la comida está en la mesa.

—Sí, sí, ya termino de ver esto y voy.

No debería seguir escribiendo sobre lo de hoy, ni sobre lo de antes. ¿Cómo se sentiría Mariela si lo leyera? ¿Qué pensaría de mí? ¿Creería que en realidad nunca la amé y que solo siento gratitud por los dos bellos hijos que tenemos? No me siento bien. Yo también debería sentirme feliz por haberla visto después de tanto tiempo, tan luminosa y espléndida. Pero no, estoy quebrado, aniquilado, como si me hubiesen golpeado una y otra vez la cabeza y un sonido redundante de tambor no dejara de hundirse en mis pensamientos. Es que yo esperaba algo distinto. ¡Encima se casó con... ese infeliz! Pero es feliz, algo que conmigo no lo fue. Pero ¿por qué no lo fue? ¿Qué fue lo que no le pude dar?

—¡Santi!, dejá esos planos, trabajás mucho, aprovechemos... ¡ya te dije que es una noche para olvidarnos de todo!

¡Callate, Mariela! Quiero pensar en ella. No quiero el arroz. No quiero cena romántica, no quiero tu camión de encaje, ni sentir tu perfume dulzón. No quiero tus caricias. No quiero enredarme en tu piel. No quiero. Quiero ir a buscarla y decirle que lo deje, que podemos escaparnos, que podemos ser lo que nunca fuimos por inmadurez, por falta de experiencia, por fusión de egos, por... ¿Cómo puedo estar pensando esto? ¡Soy un desgraciado! Mariela no merece ni lo que pienso ni lo que escribo. Es amor genuino el que ella me brinda día tras día... Es la madre de mis hijos. ¡Soy un monstruo!

«Esperaba que me recordaras con nostalgia, que quedaras inmovilizada con deseos de volver el tiempo atrás, de recordar nuestros paseos».

«¿Aún tu memoria puede recordar esa noche en el jardín de tu casa? ¿Te acordás, Abril? Yo tenía el libro de Rimas de Gustavo Adolfo Bécquer. ¡Yo te amaba! ¡Vos me amabas!».

Ella me interrumpió con dulzura.

«Sí, Santi, me acuerdo, pero eso ya pasó. Soy feliz con Mariano. Y soy feliz encontrándote, saber que estás bien».

Me volvió a abrazar, apenas su boca rozó mi mejilla y yo creí que se abría la tierra

debajo de mis pies. Sin mirarme, se fue. Su caminar se perdió entre las personas que diariamente van y vienen por la calle Corrientes. En ese instante, Bécquer volvió a mi cabeza y, de memoria y en voz baja, recité:

*«Cuando me lo contaron sentí el frío
De una hoja de acero en las entrañas;
Me apoyé contra el muro, y un instante
La conciencia perdí de dónde estaba».*

—Santi, dejá los planos de Fernández. El arroz y mi camisón de encaje te están esperando.

—Mmm... ¿Te pusiste el rojo que tanto me enloquece?

—¡Sí..., y a mí me encanta que te enloquezca!

Una historia más

Lo miró con el deseo profundo de los ojos. Ávida de poseerlo, lo imaginó en sus brazos, tembloroso, pálido, tibio..., frágilmente derrumbado entre las curvas de su cuerpo.

Sintió vergüenza cuando advirtió que él había alcanzado su pensamiento, que había leído de las páginas confusas de su mente su más íntimo secreto.

Él sabía que aquella mujer lo amaba. Una noche, por equivocación, la rodeó con su abrazo y acercó dulcemente los labios a su boca... La besó con intensidad, después la alejó de sus brazos con sutileza. Sentía temor de que los cuerpos y la piel no soportaran tanta emoción por haberse rozado y al fin terminaran amándose. Ella nunca pudo olvidar lo que en ese momento sintió, y él le pidió que olvidara... que olvidara aquel *error*.

Ella deslizó su mirada y bajó la cabeza como quien pide perdón por haber pecado. Lo había estado amando en silencio desde aquel mediodía en que lo conoció, cuando sus ojos repararon en la hermosura de su rostro, en la niñez de su tez, en su frente clara y en su mirada llena de encanto y pudor. Lo había estado amando desde el primer instante en que intercambiaron amables palabras y descubrió la calidez de su dulce voz...

Lo había estado amando desde el momento en que se apropió de su alma entumecida y mágica, oscura y misteriosa, que la atrapaba en las candilejas de su laberinto mental.

Lo había estado amando a la distancia, cuando la situación implicó separarse para que ella, al fin, dejara de amarlo.

Lo había estado amando desde que la lluvia acarició el cabello de su amante (en los sueños) y la sensualidad fresca y perfumada que lo envolvía, la seducía... una y otra vez...

Lo había estado amando desde aquella noche que lloró con intensidad y sus ojos se desgarraron en lágrimas blandas, sintiendo que su corazón estaba dolorido por haberlo perdido.

Lo había estado amando cuando él se encerraba en su capullo tímido y gélido, mientras la soledad era una luz que irradiaban sus ojos de mar, callando su triste cantar.

Lo había estado amando y deseando día a día, noche a noche, minuto a minuto. Y cuando se sentaban en algún bar perdido de la gran ciudad, solían conversar durante largas horas. Las miradas se tocaban y se unían hasta ensamblar un único pensamiento. Ella lo observaba serenamente, con adoración, y se dejaba encandilar con la poesía de su rostro. Mientras él daba forma a las palabras y las dejaba suspendidas en el aire, ella dibujaba en su mente el contorno de

esa boca suave y tersa que una madrugada, como en un cuento de princesas, besó con una mezcla de ansiedad y candor. Pero en su mente la historia no se terminaba..., exploraba otras sensaciones, otros sentimientos. Él seguía dialogando mientras ella seguía fantaseando como lo hacía cada noche cuando al cerrar sus ojos lo percibía en su cama. Lo abrazaba, lo aprisionaba, lo besaba con desmesura, mordía sus labios profanamente, hundía las manos en su cabellera rubia, que le parecía bella y soleada, le desterraba el aliento, lo convertía en un suspiro del cielo, asfixiaba a su cuerpo, le arrancaba la piel en caricias de fuego templado, apretaba sus manos, le bebía el sudor, se escondía entre su pecho, se desmayaba en cada beso... En su vientre se retorció el deseo y se contraía la pasión de tenerlo, de encenderlo, de sentirlo temblar y de amarlo gota a gota hasta desarmarlo en un mar de fiebre y exhausto placer... Así lo amaba, intensamente, desesperadamente...

Pero un día él se detuvo en su pensamiento y se sonrojó, había descubierto aquel secreto en la mirada de la mujer que más lo amaba... Sin embargo, como un verdadero caballero, nada le preguntó. Él sabía que su presencia era un destello de alegría para aquella mujer, aquella mujer que todo hubiese dado por tener su amor. Aquella mujer que le escribía poesías y cartas repletas de su profunda emoción; él solía leerlas en la más absoluta oscuridad, lo había coronado como al ángel más bello y puro que el cielo le podía dar. Se había enamorado de ese niño, agudamente, con una ternura sencilla y endeble. Lo amaba, lo sentía, lo extrañaba, lo adoraba, lo bendecía, lo buscaba, lo lloraba, lo cuidaba y lo olvidaba... Tal vez creyó que el olvido alguna vez llegaría para el desconsuelo de su dolorida alma.

Lo deseaba como nunca había deseado a ningún hombre, lo deseaba hasta el límite de enardecerse solo sintiendo su aroma, rozando apenas sus manos delgadas y transparentes. Alcanzaba con abrirle los ojos en una mirada saturada de amor para que él comprendiese que ella lo esperaba a cada momento para albergarlo entre el calor de sus brazos y el remanso de las sutiles caricias que había guardado para entregárselas solamente a su gran amor.

Lo amaba, a pesar del dolor, de la desventura, de la ausencia que la vaciaba por dentro y la condenaba a esperarlo... sin que su regreso significase tenerlo.

Ahora, por las noches lo recuerda tanto, que el insomnio irrumpe henchido sobre sus ojos oscuros..., quebrando las fuerzas y la voluntad, para que la imagen de su amado no se pose sobre el contorno de la pared y la penumbra de la habitación.

Sin embargo, el sentimiento de tristeza no puede arrancarlo de su corazón ni del romance que se inventó entre su alma y la de su amor...

Tal vez él ya se olvidó, se olvidó de aquella mujer que tanto lo amó. Se olvidó que aquella mujer se derrumbó frente a él cuando un «hasta pronto» invadió el espacio frío del aeropuerto y las lágrimas se desdibujaban en sus ojos, sintiendo un profundo duelo entre su voz y su corazón.

Para ella todo se terminaba con aquella partida.

El viaje y el avión le sepultaban la ilusión, le echaban al viento el alma acongojada y le quitaban al hombre que en este mundo más amó.

Desde la ventana

Ciudad de Buenos Aires, 21 de septiembre de 2015

Amado mío:

Hoy, al fin, he decidido escribirte esta carta a corazón abierto. Fue aquel día, lo recuerdo bien, hace trescientos sesenta y cinco días atrás. Era el inicio de la primavera, cuando, al igual que hoy, las gotas de lluvia danzaban intermitentes en puertas y ventanas. Dibujos fugaces de agua, que con delicadeza se formaban en las copas de los árboles. Yo me había servido un café fuerte con dos cucharadas de azúcar; tenía frío, el tiempo no acompañaba la calidez que indicaba el calendario.

Me había sentado en mi sillón blanco con ribetes de encajes marfilados, llevaba puesta una remera larga que tenía la inscripción «*Love, Love, Love*» en distintas tipografías y colores, como anticipando lo que luego sería la tortura más dulce de mi vida. Tomé mi libreta para escribir lo que se me ocurriese; una frase, una palabra, un sentimiento. Llovía, y la ventana entreabierta me traía ese aroma húmedo y revuelto que me fascinaba, que me inspiraba. Seguía con frío, ninguna palabra se deslizaba en mí... nada. Entonces decidí levantarme, acercarme a contemplar la calle, la plazoleta, observar a las personas que iban y venían, sonrientes unos; enojados, apurados o vacilantes, otros.

El frío se había intensificado, y fue en el mismo instante en el que decidí cerrar el ventanal cuando te vi. Un temblor me recorrió el cuerpo, sin entender aún mucho a qué emoción tu imagen apelaba. El cabello oscuro, la tez blanca; los ojos, imaginé, sin duda, que eran almendrados, profundos. Vestías un sobretodo negro, los zapatos te brillaban. Llevabas un ramo de rosas turquesas. No eran blancas. No eran rojas. Y yo me pregunté para quién serían esas flores tan especiales que albergabas en tus manos. No pude dejar de mirarte. Sentí envidia. Sentí celos.

Creerás que estoy loca, y a lo mejor estás en lo cierto. Pasaron los minutos, y la llovizna abrazando tu rostro era una poesía que me atrapaba. No podía cerrar la ventana. No podía dejar de mirarte. Segundos después llegó ella, enfundada en un traje color rosa pastel, con zapatos y cartera haciendo juego, parecía una sirena del océano. Imaginé que sería empresaria, abogada, arquitecta. Nunca supe a qué se dedicaba. La abrazaste delicadamente. Cuando la besaste, pude sentir tu beso.

Temblé otra vez y mi mente se interrogó desde cuándo uno se queda estupefacto mirando a alguien, desde lejos, desde una ventana. Le ofreciste las flores con humildad, con dulzura. Ella las rechazó. Tu rostro comenzó a cambiar de expresión: sorpresa, enojo, culpa, tristeza. No sé cuánto duró la conversación, la gesticulación de las manos, el abrazo casi robado que intentaste al final... La vi marcharse, sin detenerse ni un minuto para mirar hacia atrás. Recuerdo perfectamente que te sentaste debajo del árbol de la plazoleta, como para protegerte de tu propio dolor. Te llevaste las manos a la cara y, mientras vi cómo se desgarraban tus lágrimas, yo sentí que se desgarraba mi alma.

Hubiese corrido para consolarte, para darte calor con mi cuerpo y proponerte un amor sin final. Pero solo pude cerrar la ventana, sentarme de nuevo en mi sofá y preguntarme por qué amamos tanto a quien no nos ama. Desde ese día, solo la abro para contemplarte cuando te detenés, a la misma hora, en el mismo lugar, y no pierdo la esperanza de que un día tendré la valentía suficiente para bajar a la calle, abrazarte y decirte que te he estado amando desde la distancia.

Esperando el milagro...

Con amor, Sofía.

El ángel del dolor

Aitana había esperado ese momento desde hacía mucho tiempo. Sentada en aquel bar de estilo parisino, en el barrio de San Telmo, sentía cómo su corazón daba bocanadas de aire para sobrevivir. Eligió vestirse con un solero blanco, largo, enlazado en la cintura, con puntillas y *broderie*. Además, sobre su cabeza colocó una vincha de pequeñas flores rococó. Por instantes dudó si debía incluir ese accesorio, porque ya no tenía veinte años, pero creyó que la ocasión lo ameritaba. Siempre se destacó por su impuntualidad, pero esa vez llegó con bastante anticipación a la cita. Estaba nerviosa. Pidió una jarra de limonada con jengibre y menta, y saboreó la bebida de a pequeños sorbos.

El rosado brillante con el que había delineado sus labios entonaba con el sutil encendido de sus mejillas. Entre su palidez y su alma, casi no había diferencias. Todo se reducía a un suspiro que la doblegaba por dentro. Contempló con la languidez de sus ojos el frenesí que se desarrollaba del otro lado de la ventana: «¿A qué lugar querrán llegar las personas cuando están apuradas?», se preguntaba. «Todo empieza y termina en uno. Ese es el secreto», se repetía una y otra vez tratando de convencerse de la razón por la que estaba allí, inquieta, deseando y no —al unísono— que el reloj marcara las veintiuna horas.

De a poco, el Café Baudelaire comenzó a llenarse de parejas, de grupos de amigos y, al igual que ella, de personas solitarias que con una sonrisa franca le respondían al camarero que no esperaban a nadie, que venían a disfrutar de la mágica noche de Buenos Aires.

A veces, la mejor compañía la obtenemos de nosotros mismos, y otras nos engañamos pensando que es así. Aitana sintió la incomodidad cuando el mozo se acercó y le preguntó si esperaba a alguien para cenar, así podía acercarle otra carta de menú.

Esperaba y no. Intentó que sus labios emitieran una palabra, pero solo hizo su aparición una ínfima lágrima, que ocultó rápidamente. El camarero había comprendido todo, decidió no hacer más preguntas y se limitó a recomendarle la especialidad de la casa: ternera braseada con puré de batatas, acompañada por una ensalada de rúcula, tomates cherry, almendras y queso parmesano.

—Cuando lo desee, no tiene más que avisarme y traeré su plato —concluyó el mozo.

Las mesas y sillas de madera lustrada, el tintineo de las copas de cristal, los elegantes *stilettos* de las mujeres, el aroma de la comida, la mirada intensa de algún hombre que intentó rozar la suya; todo eso le generaba impaciencia y tristeza.

El reloj marcó las veintiuna horas y fue suficiente un pequeño acorde de piano para que el silencio se llevara el bullicio y lo estelar comenzara a apoderarse del lugar. Allí estaba, vestido de *smoking* negro, sentado frente al piano de cola, con los ojos semicerrados, como si lo único que pudiese escuchar fuese el mandato de sus ancestros, quienes le habían enseñado que la música no era una pasión, sino que era la vida misma. Sus manos se deslizaban rápidamente, con fluidez, con intensidad, sobre las teclas. Sus dedos danzaban, se entrelazaban, no se cansaban. Los espectadores, admirados, detuvieron la marcha de su cena para contemplarlo. Aitana lloró en silencio.

Franco regaló la última nota de la noche. Los aplausos cerrados no permitían ninguna duda acerca de que era uno de los mejores pianistas de la ciudad. Se levantó de la silla, hizo una reverencia y agradeció al público. Mientras observaba los rostros encantados con su *performance*, encontró el de Aitana. Parecía un ángel del dolor. Nunca la había visto así. El alma se le anudó. Descendió rápidamente del escenario y, sin dejar de mirarla, se acercó a la mesa. Se sentó frente a ella y la tomó de las manos. Sintió su suavidad. Contempló sus ojos ámbar e inspiró con todas sus fuerzas el perfume de sándalo y jazmines que ella desprendía.

—No puedo creer que estés aquí. Estás preciosa, o aún más: estás sublime.

—Me voy. Vine a despedirme.

Franco sintió que los músculos del corazón se le desgarraban.

—¿Adónde te vas? Hace seis meses que nos separamos. Verte aquí me devolvió la esperanza de un nuevo comienzo. Vos sabés que te amo.

—A Florencia, Italia. Me ofrecieron tener mi propia galería de arte y dar clases de pintura en un reconocido instituto para niños. Mañana tomaré el avión. Era importante venir hoy y mirarte a los ojos para poder cerrar esta etapa.

—¡Aitana! ¿Qué etapa? No fuimos una *etapa*. Estuvimos casados ocho años. Hasta hace poco pensábamos en ser padres. ¡No entiendo! ¿Te enamoraste? ¿Te vas con alguien? —le preguntó Franco con tono enojado, casi inquisitorio.

—Sí —le respondió ella en tono suave pero firme.

—Me lo imaginaba. ¿Quién es? ¿Lo conozco? Seguro que es alguno de esos amigos que tenés en los talleres de pintura, o tal vez en el de filosofía; esos son los peores de todos.

—No lo conocés, porque no es un *él*.

—¡¿Quéeee?! ¿Te enamoraste de una mujer?

—Sí, me enamoré de una mujer. Me enamoré de mí. Me cargué sobre los hombros. Me enjugué las lágrimas de tanta soledad. Me cansé de no encontrarme en tu mirada, de que mi mundo fuese invisible para el tuyo y de que mis brazos no fuesen tu lugar de remanso, de amor. Cada día y cada noche esperé tu beso mientras me ahogaba en la ausencia de tu presencia. Si no me voy, no me salvo.

Se puso de pie, se acercó dulcemente, lo besó en los labios y se marchó.

Por primera vez, Franco sintió esa soledad de la que Aitana le hablaba.

La esquina del beso olvidado

Desarmados, no pudimos negar a nuestro corazón. El dolor había consumido nuestras almas durante tanto tiempo. Quisiste saltar a mis ojos para encontrar la razón de tanta soledad, pero vos también estabas herido por esa ausencia que habíamos construido con nuestra indolencia. Indiferencia forzada. Las culpas aparecían como nubes en nuestros pensamientos, pero las hacíamos callar en defensa de un amor que se venía muriendo. Cada gota de verano, cada sol no compartido, cada risa convertida en lágrima habían erosionado cada recuerdo feliz que intentábamos socorrer por todos los medios.

Sin embargo, allí estábamos, latiendo frente al otro, tratando de superar el miedo que nos causaba pensar en una nueva separación. El invierno había sido cómplice del amor que aún sentíamos, de las veces que cada uno había caminado solo por la ciudad, sin rumbo, preguntándose por qué no habíamos podido hacer algo mejor. Las noches se impregnaban de insomnio y tortuosos recuerdos. Queríamos sanar lo que habíamos destruido en mil pedazos y no sabíamos de qué forma hacerlo. Esa noche era la última oportunidad que tendríamos para remediar el daño que habíamos causado en el otro. Recuerdo que te acercaste con una media sonrisa y me besaste dulcemente. Me apretaste contra vos, intentando que ese instante fuera para siempre y convertirlo en eterno. Las personas que pasaban por aquella esquina nos deseaban suerte, como si hubiesen sabido de la fragilidad de nuestro amor.

Finalmente, con lo roto nunca pudimos. Nos dimos cuenta de que juntos nos negábamos la felicidad, de que juntos éramos más oscuridad que luz, de que habíamos dejado de reír juntos, y de que la presencia del otro se convertía en signo de dolor.

Una tarde de verano todo terminó, al igual que la primera vez; pero esta vez solo restaba mirar hacia delante y olvidar aquella esquina, con ese beso que prometía, lo que jamás sucedió.

Desde otra vida

Y entonces se vieron y se reconocieron. Tal vez en ese momento no lo sabían. El destino los había hecho jugar a las escondidas durante muchos años. Ella se consumía en un amor que verdaderamente nunca la amó. Él se debatía entre lo que creía que era el amor para toda su vida. Quebrados desde el alma hasta el corazón, con astillas que les rasgaban segundo a segundo la piel, se encontraron. Una calle. Un café. Una noche de invierno. Un presentimiento. Cupido en vigilia. Esta vez tenían que mirarse bien y reconocer sus almas; esas, las que se habían unido en otra vida.

Latidos. Él llegó tarde a la cita. Ella, impaciente. Sonrieron, y por dentro un temblor les devolvió la esperanza. Luces tenues. Allí estaban, sin saber que esa noche todo cambiaría para siempre. Eran fuertes. Eran dos vendavales en sus formas de amar, por eso habían atravesado el desamor con lágrimas y estoicismo. Se habían lavado las heridas de tanto llorar. Se habían vaciado hasta llegar a no ser nada. Y, en ese momento, el destino y Cupido los ponía frente a frente para abrazarse de una vez y para siempre, para enlazarse con un amor que iba a poder contra todo, porque ese amor venía arraigado en las raíces de otras vidas, las anteriores y las próximas.

El silencio se apoderó de los corazones que estaban a punto, a punto de entender quiénes eran y quiénes eran juntos. El beso, como un haz de luz, los envolvió, les arrojó las inseguridades al viento, les selló con dulzura los labios; se murieron de amor y se emocionaron preguntándose por qué habían tardado tanto tiempo en reconocerse. ¿Cuántas veces se habrían cruzado en esta vida sin reconocerse? ¿Cuántas veces se habrían visto sin mirarse por dentro? ¿Cuántas veces le habrían suplicado a Dios por un amor que les devolviese la sonrisa? ¿Cuántas veces habrían querido escapar de la cárcel sentimental en la que vivían?

Y entonces se vieron, y se reconocieron.

En ese momento no lo sabían, pero ellos se venían amando desde otra vida.

Historia de lunas

Tantas lunas pasaron, tantas estrellas me vieron llorar y aquella promesa que hoy el viento regresa a mí... El sol me duele en los ojos porque ha traído a mi memoria la luz hermosa de tus besos... tan esperados como el primer día, el primer día que mi corazón enredó sus latidos en el espejo de tu ser.

Encerrada en mi propia contradicción, caminé los espinados senderos que me acercarían a ti. Lluvias que se desgarraban en el alma antes de dormir, eran caricias del propio fuego que llevaba por dentro para poder seguir. Y te amé sin tregua, con recuerdo, en silencio, abrigada en mi provocante hendidura, arrastrando a mi espíritu inconsciente a un puerto amoroso, de pocas palabras. Fuiste mío, aunque otras habrán dicho tantas veces lo mismo. Ellas habrán atado tu cuerpo a sus piernas y se habrán extenuado en la belleza misma de tu piel llena de osadía. Pero cuántas pudieron ver, o encontrar, o descubrir el amanecer y la noche en tus ojos de bosque engarzado, abriendo vientos de aclamación, o aire contenido tratando de no morir, o lágrimas fugaces distrayendo la atención de tu mirada escurridiza. Ellas no pudieron hundir sus impulsos y sus instintos en tu alma y entrar en ella para llegar hasta lo más terrible y bello que hay en ti. Porque lo que en ti asusta, también seduce, lo que resplandece detrás de esa voz formada y empotrada en corrientes de intelectualidad no es más que una débil capa que devela carne tierna, alma inocente, temblores continuos, música de dolores agudos y frágiles huellas de un niño arrebatado por el mal humor.

Ellas, las que pudieron dormirse en la cavidad de tu pecho, no se atrevieron al desafío de amarte; es más fácil abandonarse a la ilusión del deseo que arriesgarse al filoso borde que nos separa de la muerte cuando nos enamoramos. Algunas se conformaron con compartir tus mismas sábanas, o caminar tomadas de tu mano, alimentando la esperanza de vivir un romance apasionado.

Otras inquietaron lo más íntimo de tus fibras masculinas y aceleraron tu hambre de hombre mordiendo tus labios, como fieras salvajes, entregadas a la lujuria permitida por los límites de sus sentidos. Pero cuántas fueron capaces de entregarse con el alma hacia fuera, hacia el exterior de su propio cuerpo, con su cuerpo despojado de miedos y restricciones, con la mirada abundante de cielo, con caricias que duelen por haber estado durante tanto tiempo encerradas en el rincón de las manos... Dime cuántas te amaron mientras te amaban o las amabas, no importa la diferencia si en

esos momentos todos somos uno y dos no son más que una parte de esa maravillosa experiencia del dulce encuentro.

Lunas, tantas, las que me vieron guardarte en mí, celosamente, como si me pertenecieras desde siempre, naciendo y creciendo dentro de mi ser, a cada instante, con urgencia, protegiendo las paredes de tu vida, para que no se conviertan en inalcanzables piedras de soledad y vacío.

Allí estoy, otra vez, donde me quieras encontrar, me volverás a ver. No importa cuánto te amé, eso lo saben las estrellas tuyas y tus grandes silencios... Preguntarás por qué se terminó, y te contestará el ángel del mar que el amor nunca tiene fin, solo se acomoda, se guarda en otros infinitos, en otros cielos; asciende, se arrastra, se oculta, pero nunca muere. Allí estará en los dolores que el sol me trae cuando la mañana abre sus alas y canta triste el pájaro gris, pálido y melancólico en el retoño frío de una transparente ventana.

Aquellas palabras

Al creer en aquellas palabras que él había pronunciado, el final ya estaba sentenciado. Cerró los ojos, tomó su mano y volvió a caminar a su lado. Algún temblor de inseguridad le brotaba en el corazón, pero sus besos le silenciaban cualquier duda que pudiese tener. La herida ya había sido abierta una vez, pero volvió a confiar. Le alcanzaba con su sonrisa de estrella para iluminar su día. Sin embargo, había olvidado que la helada de sus ojos podía oscurecerla y diluirla en espesas lágrimas.

Las promesas se habían enlazado como pétalos en su memoria. Juntos eran más, pero, a veces, fueron menos y, aún peor, muchas veces no fueron nada. Quisieron desafiar al universo y amarse hasta quedarse vacíos, hasta que la desidia los destrozara y los despojara de sí mismos.

Una noche, la rosa estalló en espinas.

Una noche, él se transformó en un ángel negro.

Una noche, ella se marchó.

Una noche, ella comprendió por qué no debería haber creído en aquellas palabras.

Destino

Dejamos de hablar. El tiempo se suspendió como un puente entre nuestras miradas. Me sonreí, y me mordí el labio, porque los nervios me cosían la boca. El café había quedado como el último testigo, arriba de la mesa. Se acercó a mí, susurrante, decidido a envolverme el corazón y curarlo, cristal por cristal. Me acarició el rostro con sus manos y sus labios bailaron dulcemente en mi boca. Luego se separó despacito de mí. Me miró fijo. Sus ojos de color noche intensa me anticipaban que ya estábamos embarcados en algo que nos cambiaría por completo.

Un amor así quiero

Caminaba sin rumbo. En su paso, se deslizaban lágrimas. El frío lo envolvía. El corazón temblaba porque ella se había marchado. Hubiese querido detenerla para besarla y recordarle lo que eran juntos. No había posibilidades. Ella no volvería. Con el alma astillada se sentó debajo de un árbol. Dolor. Desolación. Sin comprender nada. Preguntas vacías que yacían sobre respuestas vanas. Lo había dado todo. No se guardó nada. Pero ese amor no alcanzaba. Yo, desde mi ventana, lo miraba y pensaba: «Un amor así quiero, un amor así».

A veces, con mis lágrimas

No sé perdonar. Emparché mi corazón y me revestí con aires frescos, pero los fragmentos siguen generando astillas en el pecho. Cristales filosos que se incrustan en mi pensamiento. Limito mi accionar. La valentía que no tuve en el comienzo tuve que hacerla gritar cuando se acercaba el final. No sé si soy la persona que hubiese querido ser. No saben que luché con el demonio de la autodestrucción, que soy proclive a dañarme una y otra vez. Lo hago a mi manera, en silencio. Pero los otros no lo saben. No siempre la bondad me abraza. A veces soy injusta, mido los pasos del otro. Espero reciprocidad. La pureza se mezcla con el carbón que se anidó en mis tejidos. Me ven ángel, pero soy una sombra florecida en la oscuridad. Pétalos negros rodean mi cabeza cuando pierdo contacto con la realidad. Amarme es difícil, porque a veces no creo en el amor, porque hay que atreverse a conocer mis otros planos, mis otros cuerpos y encontrar la esperanza detrás de un alma que se desangró y nunca comprendió por qué fue brutalmente herida.

La ternura me refresca y busco en mi propia sonrisa la manera de autoimpulsarme para brillar. No siempre lo consigo y eso me enoja. La propia imperfección me irrita, mientras la ansiedad me socava. Soy inestable y por eso construyo estructuras para poder apoyarme. Si no avanzo, retrocedo con mi mente al lugar del que he huido.

Amarme es difícil... Soy un río de cicatrices que se enlazan hasta el cuello. Yo sé lo que hacés por mí y te lo agradezco, a veces, con mis lágrimas.

No era fácil quererla

No era fácil quererla
con sus días nublados
y su pasado auestas,
con sus labios
sin sonreír
más de una vez,
y su ausencia etérea
que no dejaba comprender.

No era fácil quererla
cuando solo se encerraba
a escribir
y se preguntaba una y otra vez
por qué su mente la agobiaba
con tantas angustias
que ya debía arrancar de su piel.

No era fácil quererla
porque lo mundano
le parecía extraño
y ajeno a su esencia.
Se sentía invadida
por seres y objetos
que no eran de su naturaleza.

No era fácil quererla
porque el amor lo vivía
en el trazado de cada letra,
en la emoción de cada beso
hecho palabra
y en la pasión de ese abrazo

recordado.

No era fácil quererla
con ese espíritu libre
que se escondía en
sus miedos imaginarios
y en las inseguridades
marcadas en su cuerpo
a través de los años.

No era fácil quererla
sin ofrecerle una mañana
con aroma a café,
una rosa turquesa en su almohada
y una promesa
de que nunca más la dejaré caer.

Con mis puntos y comas

Te envuelvo con mis letras
y sé que a veces no quisieras enredarte
en mis metáforas de amaneceres grises
o rosados atardeceres.

Me preferís menos etérea,
más de carne y hueso,
ajustada a la vida cotidiana,
con pasos más firmes.

No te gusta verme débil,
distráida,
paseando con mi mente por el pasado
con lágrimas enfrascadas
que aún no he llorado.

Te envuelvo con mis puntos y comas
y quisieras soltarte
de las rimas y los cuentos.
Sentirme cerca y que mi beso
no sea tinta que se convierte en verso.

Me preferís en el abrazo firme
que me sostiene
cuando caminamos juntos
y el sol nos acaricia sin prisa,
y sin miedo.

Te envuelvo con paréntesis,
con punto y coma,
con un ritmo acelerado
entre mis latidos más callados.

Me pierdo en la escritura
y en esa imperfección que soy
me amas
y yo... mucho más.

Cuando tus labios se sonríen,
quiero agradecerte que estés aquí y que no seas un cuento.

Adiós

Antes de ese día
me encantaba ver el reflejo
de tu rostro en el espejo
mientras yo me maquillaba...
Tus labios se unían por puntos
en una curvilínea perfecta.
Te acercabas despacio
y yo cerraba mis ojos,
lentamente,
porque sabía que tu abrazo
me enlazaba fuerte a tu cuerpo.
El bretel de mi vestido
caía sin respiro sobre mi hombro,
y tu beso sutil
lograba que yo abriese mis ojos
para encontrarme con tu mirada oscura...
Tan oscura
como la tinta de la pluma.
Esa mirada me envolvía el corazón
y me hablaba de tu amor.
Pero hubo un día
que el reflejo de tu rostro
en mi espejo cambió.
Te acercaste a mí,
pero sentí miedo en tu abrazo.
Tu beso en mi hombro
parecía bordado en dolor.
Levanté mis ojos
y en tu mirada ya no había
emoción.

Me separé de tu cuerpo.
Miré hacia el espejo
y tus lágrimas empañaban
el reflejo de nuestro amor.
Con el alma fuera de mí
me enredé en una tristeza sin fin
mientras me decías adiós.

Le perteneces

Le perteneces a quien te descubre
las lágrimas detrás de los ojos maquillados.

Le perteneces a quien sabe de tu cansancio
detrás de tu sonrisa.

Le perteneces a quien comprende
que cuando no puedes dejar de hablar,
es porque necesitas silenciar tu mente.

Le perteneces a quien te espera
con una taza de café,
después de un día agobiante.

Le perteneces a quien no necesita un motivo
para abrazarte.

Le perteneces a quien te toma la mano
y te sonrío,
porque sabe que ese gesto ilumina tu día.

Le perteneces a quien conoce sobre tu lucha
con las imperfecciones de tu cuerpo,
pero te devuelve un «bonita» tras una caricia.

Le perteneces a quien te ha visto:

despeinada,
triste,
endemoniada,
atrevida,
eléctrica,
soberbia,
sencilla,
majestuosa,
dolorida,
apasionada,
dulce,

oscura.

Pero, sobre todo, le perteneces
a quien por cada centímetro de lo que eres
en cuerpo y alma,
te elige cada día,
porque te ama.

Me ama entera

Intuyo que me ama más de lo que
confiesa.

Y aunque nunca lo admita,
a veces, los celos
de su alma se apoderan.

Callará al amor
y disfrazará la posesión
con una sonrisa intensa.

Me abrigará en su abrazo
sin decir ni una palabra,
pero su corazón latirá
con cálida destreza.

Sus labios se detendrán
en los míos
para besarme en la oscuridad
y sin testigos.

Me ama entera,
aún con mis fragmentos
más hirientes
y mi lado más triste.

Me ama entera,
con mis bondades
y mis rosadas letras.

Me ama entera,
con mis imperfecciones,
locuras y sensibles emociones
que me bordean.

Intuyo que no sabe que lo amo,
más de lo que confieso.

Se amaban

La forma que tenían de besarse era única.
Solo los dos sabían
que, cuando arqueaban sus pestañas
y se les sonrojaban las mejillas,
era porque se besaban.

Se miraban desde lejos
porque si se acercaban
sus ojos rápidamente
se volteaban en dirección al piso.

Cuando se sonreían,
todo se iluminaba
y los cuerpos tímidamente temblaban.
Sin embargo, siempre negaron
que se amaban.

Memoria

Y el camino de tus labios
que me aprendí de memoria.
Y la intensidad de tu boca
desmoronándose sobre la mía.

No recuerdo otra cosa
más que el deseo
de anclarme en tu beso,
estrellarme en tu sonrisa
y morder tu silencio.

Ese silencio que todo lo dice,
cuando las palabras
no pueden expresar
todo el amor que sentimos.

Intimidad

El roce de un beso en la espalda.
La sonrisa tibia de la madrugada.
La palabra en susurro que acaricia.
El abrazo en la cintura
como un lazo de plata.
Una estrella testigo
que todo calla.
Los ojos que se vencen
en un abrir de pestañas.
La mano que apenas
se roza, invisible.
La lágrima que cae por dentro
y el otro la llora.
Recordar todo el día
esa sensación de infinitud.
Eso... es intimidad.

Lee

Lee.

Levanta sus párpados como estrellas nuevas.

Me está mirando.

Siento las piedras preciosas de sus ojos sostenidos
rozando el borde de mi arrebatada mirada.

Me seduce. Me atrapa deliciosamente.

Y sabe que cuando me sonrío pienso en hacerlo mío.

Tiembla.

Siente mi deseo atándole los ojos a un sensible calor
que se desprende de mis tibias manos.

Caricias que se esfuerzan por llegar, por crecer,
por extenderse entre la brisa suave que nos une, pero nunca llegan.

Nunca se demoran en su piel, en su piel de luna blanca.

Prende un cigarrillo.

Me vuelve a mirar, da vuelta la página que no puede terminar de leer.

Sabe que si alza su mirada me encontrará allí, en el intento de abrazarlo, de besarlo sin
acercarme a sus labios. A sus labios que alguna vez besé.

Está frente a mí, hermoso, inalcanzable
como una centella de sol
que sabe que me arrinconó entre las partículas de su luz.

Sabe cuánto lo deseo,
cuánto mi alma se ha desgarrado por morderse los celos.
Me habla. Se sonrío. Se siente halagado. Se siente admirado.

Calla.

Nunca pregunta por qué lo estoy mirando.

Es más dulce e íntimo mantener el secreto.

Él lo sabe. Siempre lo sabe.

Atrapa mi instinto en las mariposas de sus muelles de mar.
Muelles que ha construido para que yo lo contemple, pero no pueda saltar.

Hermoso.

Amoroso.

Imposible.

Lee.

Yo lo observo y me robo su imagen como espejo hechizado
que encandila sin pensar.

Yo nunca, nunca...

lo dejo de mirar.

¿Fue la lluvia?

Fue la lluvia
o fue tu boca
la que mojó
mis labios.
¿Me besaste
o imaginé
que lo hacías?
Temblé de frío
o temblé por tenerte
tan cerca de mí.
Sentiste mi corazón
o ni sospechas
que su emoción
aún persiste en mí.
¿Me recuerdas
o te recuerdo?
Qué importa
si de igual manera
yo he de quererte
hasta que el cielo
te esconda de mí.

¿Se te olvidó?

Bebí el cielo
de tus labios
una noche de abril.
Arrebatada
me desmayé
en tus brazos.
Y tus manos
jugaban
con mi cintura,
en una dulce
caricia.
Me besaste,
lo recuerdo.
Las sombras
de los besos
quedaron encerrados
en aquella pared.
Testigo fue la noche
de esa mirada
y la escapada a un rincón
para abrazarnos
sin explicación.
De aquella noche,
solo me queda el recuerdo
de lo que mi corazón sintió.
¿Y tú...?
¿Tú lo recuerdas
o ya se te olvidó?

Soy

Soy la que una noche conociste con el alma silenciada
sin saber sobre la pena que en el amor soportaba.
Observaste en mi mirada la cantidad de lágrimas que llevaba
y supiste en el primer intercambio de palabras
que tu sonrisa me aliviaba esos dolores que me apretaban.

Soy la que se estremeció cuando tu mano rozó
delicadamente la mía, y, por un instante, la conciencia perdí
de lo que sentía.

Ese café entre sombras, risas y luces me devolvió la vida.

Soy la que se esperanzó frente a tu palabra cálida e íntima,
y en tu beso inesperado alcanzó la sensación
de un cielo estrellado, sin espesas nubes ni lluvia fina.

Soy la que abrazaste fuertemente para decirme,
sin letras ni voz, que habías llegado para protegerme,
para coser con tu ternura cada punto de mis heridas.

Soy la que se sentía ensombrecida, oscura y poco nítida
como una foto mal sacada, que revelaba angustias pasadas
Sin que nadie, en ellas, reparase con ímpetu y osadía.

Soy la que se enamoró de tus ojos oscuros
y tomó tu mano, una noche de invierno,
sabiendo que nunca más
la soltaría.

Día gris

Así voy caminando por el mundo, aunque muchas veces parezca solitaria y alejada, simplemente me cubro de la tormenta.

Lo sutil puede rozarme y provocarme una cascada de emoción.

En mi universo, los versos y las melodías se mezclan.

El amor y lo sensible juegan enamorados en la puerta del alma.

Hay días que mis ojos solo quieren contemplar la delgada lluvia que cae en mi interior...

El beso del ángel

Un susurro
de jazmín
condensado en el aire,
un latir a punto
de estallar...
Estrellas ocultas
detrás de la luna
y miel en su boca.

Suave presión
con sus labios
y el cielo en sus manos.
Su alma en ese instante
ascendió dulce
en una armónica
melodía.

Después el encanto
desapareció.
Ella preguntó:
«¿Qué ha pasado?»,
y alguien respondió:
«El ángel te ha besado».

Una vez

Una vez me habitó la tristeza en el alma.
Dejé que me bañara la luz de la angustia.
Abrí las ventanas del corazón
para que el viento del dolor
arrasara con él.

Las lágrimas se deslizaron sin permiso
y me dejaron con los huesos al descubierto,
sin carne ni piel.

Una vez entendí por qué el amor no es
para cualquiera.

Una vez supe qué era aquello «de romperse
por dentro».

Una vez fui invisible
y la noche envolvió a mi ser.

Una vez morí en vida
para volver a nacer.

Nos dolía amarnos

El cielo y el infierno,
la intensidad y el llanto.
La caricia que desmorona,
la emoción que desborda.
Parecíamos extraños,
éramos otros,
éramos los mismos.
Unidos y separados
nos dolía amarnos.

Usted

Usted fue esa ilusión eterna
que se deshizo en promesas
no cumplidas.

Usted nunca me cuidó
ni veló por la paz de mi sueño.
Solo alimentó su ego,
el que ha derrochado
con sus palabras soberbias.

Usted no tenía un corazón sensible,
y por envidiar al mío,
un día lo quebró para siempre.

Reloj de luna

El reloj de luna indica que la soledad está por llegar, setenta y siete días para que el cielo lo arranque de esta ciudad y lo lleve a un lugar de perfecta belleza y antigüedad.

Se desmembrarán las estrellas cuando se deba marchar.

Serán las calles en julio, tristes y arrebatadas por el mal humor. Una ventana empañada por la humedad enfriará los recuerdos del ayer.

El reloj de luna se habrá consumido en cuarto creciente y su luz habrá quedado destilada entre árboles pétreos, intensamente verdes. Tan verdes como sus ojos de mar en una bahía de mirada angelical.

El tiempo consumirá con su rayo cruel mi intento de esperarlo hasta verlo volver.

Y creeré que él también recordará nuestro beso tímido y nervioso, una noche de diciembre, entre lluvia fina y sombras de un sentimiento que calló en ese momento la delicia de tenerlo.

El mejor de mis sueños

Tu respiro ahogado
bajo el cigarrillo
que se prende en tus labios
se entremezcla con tu latir
acelerado
cuando te estoy abrazando...

Y tus ojos que me evaden
para no ir al encuentro
de mi mirada amorosa
y llena de deseo
que te está esperando.

Y el recuerdo de nuestro
beso descolgado,
en un cielo húmedo y tieso,
desciende por mi mente
cuando mis manos
a tu cabello
acarician lentamente.

Y cuando compartimos
un segundo de complicidad
con nuestros ojos ansiosos,
pareciera que nuestros sentimientos
se asemejan
aunque tú quieras ocultarlo.

Tal vez sean mentiras
que se inventa mi propio corazón
para poder vivir mejor...

Pero yo te veo y me derrito
en el silencio
al sentirte tan mío
como el mejor de mis sueños.

Tardes de bar

El mozo trae el té a la mesa
Y, mientras tú te lo bebes,
mis ojos se posan en tu boca
y te arrancan los besos
gota a gota.

Nadie se entera del dulce recorrido
que hace mi mirada
cuando la estrella de tu marea
se inquieta
porque ha sentido mis pupilas
como muelles de noche
escoltando a tu pensamiento.

Las palabras que nacen
de tus labios
se derrumban en el silencio
porque mi corazón, apurado,
se adelanta a latir
desesperado
y no escucha más que
su propia melodía
de cántaro despejado.

Qué belleza más profunda
guardan las colinas de tus mejillas
que encerradas en su propia lozanía
evitan el susurro provocador
de mi beso fugaz.

Mas nunca te enteras

de mi secreto clandestino
que yace enamorado
en el borde de mis labios,
porque nunca hablarán
de lo que ahora he hablado.

El mozo trae el té a la mesa
y yo nuevamente no he dejado
de entregarme a la vigilia
que efectúan mis ojos
cuando se beben,
sin rozar ninguna taza,
el calor de tus labios.

Te esperaba

Te esperaba desde antes que llegaras.
No sabía cómo eras, ni tu nombre, ni cuándo
aparecerías en mi vida, como una estrella
como mi guía.

Te imaginaba cuando mi alma se enfrentaba
al tormento de un amor doloroso, de un amor
que me enfermaba y me hacía cada día... más pequeña.

Soñaba contigo cuando tus ojos aún no se asomaban
impetuosos a mi mirada bañada en lágrimas contenidas.

Pensaba que en algún lado estabas, que en algún lado
te escondías, y que un día, cuando la tempestad terminase,
cuando mi corazón se levantase con orgullo y rebeldía,
te encontraría.

Sabía que en este mundo había un hombre como tú,
con la fuerza suficiente para hacer a un lado mi pasado,
para tenderme la mano y hacerme sentir bella a tu lado,
con la dulzura discreta para acariciar mi cabello
y la energía desbordante del amante perfecto.

Te esperaba en silencio, sin que nadie advirtiese
mi secreto.

Te esperaba desde lo alto de mis sentimientos,
desde la pureza de los que amamos a todo o nada.

Te esperaba y valió la pena... tu llegada.

Se marchó

El sol inundaba
aquella tarde
toda su hermosura.
Los ojos verdes,
lagos serenos,
sostenidos por estrellas
melancólicas.

El rostro
le resplandecía
de blancura,
y las mejillas...
se habían dormido
entre jazmines azules.

Recuerdo que lo miré
profundamente,
más allá de los ojos,
casi abriendo su alma...

Me respondió con una
mirada tierna y húmeda
que envolvía con debilidad
mis íntimos sentimientos.

El dolor se estrujaba
en mi pecho,
y al mirarme
todo lo comprendió.
En ese instante
yo me volví triste

y desolada.

Él, por el contrario,
se mantuvo tieso
y esquivo...
intentando que mi amor
no lo atrapara.

Nos despedimos,
apenas rozamos
las miradas,
tratando de no mirarnos
por dentro.

Contuvimos la emoción,
mi garganta se ahogó,
y en sus ojos la humedad
se congeló.
«Hasta pronto», nos dijimos
con voz inanimada.
Se marchó...
El avión ya lo esperaba.

Entre-tiempo

Eso fuimos... un entre-tiempo.
Un goce efímero.
Un enamoramiento sin amor.
Besos azucarados sin intención.
Un amor que parecía grande,
pero que se deshizo a falta de perdón.
Entre-tiempo que,
disfrazado de eternidad,
rasgó palabras, me hizo descender
a tu infierno y contentarme
con tus falaces caricias.
Entre-tiempo.
Entre-tanto (y tan poco).
Entre-tenerse (o entretenimiento).
Eso fuimos. Ni mucho más, ni mucho menos.
Sin amor.
Entre-tiempo. Solo eso.

Amanecer con un nuevo sol

Te despedí con dolor,
pero en paz.
El lazo que nos unía
por fin logramos cortar.

En el piso quedaron derramadas
las cenizas de ese adiós
y se quemaron las ropas
de un pasado atroz.

Fuimos culpables de haber peleado
hasta el final,
de herirnos hasta ver al otro sangrar.

El precio de la batalla
fue perseguirnos con la angustia
embebida en oscuridad.

Ahora que puedo verte ir
y desearte lo mejor,
sé que he recuperado mi corazón.

Será un desafío convertir cada cicatriz
en una flor,
vestirme de aire y agua
para amanecer con un amor
y un nuevo sol.

Era

Era caótica, intensa, arrebatada,
un fuego envuelto detrás
de la palidez de porcelana.

La seguridad se erguía
entre el caminar de sus palabras.

Pero era endeble,
un cristal que se quebraba
detrás de una mirada rocosa
que todo lo controlaba.

No había ojos ni dulzuras
susurradas que la cotejaron.

Ella solo le pertenecía a esa mirada,
de pestañas espesas y arqueadas,
que en su oleaje oscuro
la hechizaba.

Tan suya y tan poco mía

Odio querer ser de él de esta forma
tan suya y tan poco mía.

Sus besos me rodean,
me esculpen el deseo.

Sus dedos bailando entre mis dedos.

Sus ojos copiosos de café
son hechiceros que se ríen
de mi vesania.

Sus besos me enjaulan, me liberan,
me arrastran, me expulsan
al mar de la risa y la lágrima.

Amo querer ser de él de esta forma
tan suya y tan poco mía.

Epílogo

Por Andrea Vázquez

Fin es una palabra que genera diferentes sensaciones. Alivio. Pesar. ¿En serio algo se termina?

El final de una historia angustia, porque como lectores ansiosos queremos más. Este libro nos deja el sabor de la posibilidad. De lo que no se terminó de decir. Porque queremos saber más. Queremos volver a percibir la brisa, las lágrimas, los miedos. Sentimos la necesidad de releer el reflejo en que nos hallamos.

Ahora queda la espera, ese tiempo que demora la construcción de una historia.

¿Falta mucho?

Solo resta decir que el tiempo nos encuentre reunidos en los universos que esta autora nos regala.

Agradecimientos

Alma de Abril ha transitado con sus historias el corazón de los lectores, se ha adueñado de emociones íntimas, de lágrimas y sonrisas, de recuerdos casi olvidados, de sentimientos ocultos y otros que se han desbordado.

Hoy Alma de Abril sale a recorrer el mundo de la mano de Selecta, con aires renovados, con la esperanza de seguir haciendo camino, vibrando e identificándose con cada ser que lo descubra en sus manos. Gracias a Mimi Romanz por recomendarme a la editorial. Gracias a mi editora Lola Gude por confiar en mi trabajo.

En esta etapa quiero agradecer especialmente a personas que con su cariño hacia mis letras han permitido que mi libro tome otros vuelos: Carolina Keningstein, Andrea María Vázquez, María José Avendaño, Karen Delorbe, Mónica Thomas, Romina Demicheli, Adriana Ponce, Luis Endrino Fuentes, Paula Guzmán, Patricia Coria, Mariano Rodríguez, Yamila Bianqueri, Camilla Mora, Elena Bowen, Natalia Villoldo González, Karina V. Mellare, María Soledad Wagner, Marcela Báez, Vicky Luna, Andrea García, Fabiana Stomas, María Alejandra, Marcela Chamale, Alejandra Barreira, Susana Esteve Salerno, Silvana Salerno, Daniela Gironelli, Silvia Zurita, Laura Dibón, Cecilia Martha Barreiro, Paula Ruscelli, Laura Giuglietti, Mabel Victoria Pérez, Lily Marynberg, Laura Barrios, y Andrea Viveca Sáenz.

Tampoco quiero olvidarme de las trece corazonas que son parte de la antología literaria que producimos este año: Sabrina Mercado, Karina Almada, Gabriela Romero, María Laura Gambero, Érica Vera, Estela Escudero, Laura Kaestner, Valeria Naya, Rocío Bescós, Natalia Samburgo, Laura Isaac, Anita Amado y Morena Barrasa.

No quiero dejar de plasmar mi afecto hacia las siguientes escritoras maravillosas y talentosas, que me han brindado tiempo, consejos y su corazón: María Border, Gloria V. Casañas, Gabriela Exilart, Mariela Giménez y Ana Emilia Moglia.

Asimismo, deseo destacar el gran soporte que me han brindado los grupos en Facebook: Amigos literarios sin fronteras, Nora Roberts Argentina (Amigos de los Libros), Espacio para autores y lectores, Bonellistas Unidas Selectas (BUS), Librománticas, Carnaval de Lecturas, Divinas Lectoras, Bitácora de mis Pasiones, Lectoras marplatenses. Sus administradoras e integrantes han albergado mi libro, compartiendo fragmentos, invitándome a participar de dinámicas con otros escritores, haciendo fluir mis letras con afecto y bondad.

A mis amigos, los de hoy y siempre. Todo nos une de una forma genuina: Gaby, Emita, Sheila,

Toto, Anshi, Grace, Emi, Ceci, Diego.

A mis padres, tan incondicionales, Nelly y Jorge.

A mi caballero andante, Christian.

A mi princesa infinita, Caro.

Si te ha gustado
Alma de Abril
te recomendamos comenzar a leer
Abril en Curazao
de *Betina Shabliko*



Capítulo I

Por un mero instante, su silencio, munido de esa mueca cargada de desdén, parecía haber bastado para obviar la afrenta. Y, a criterio de Abril, era más que suficiente para demostrarle a esa desubicada que ella no estaba tan desesperada.

Pero estaba en un error. La mujer detrás de la mascarilla de barro del Nilo ignoró por completo la sutil gestualidad de su interlocutora y arremetió:

—Fuera de broma, mirá que te lo digo en serio... Tan solo por diez mil dólares tendrías tu visa prolongada y una nueva vida en París. Y no es con cualquiera... Es con mi ahijado franco argentino, Jean Claude.

Abril meneó la cabeza, pero, esa vez, pudo verbalizar su indignación.

—¿Me está hablando en serio o es un chiste? ¡Pero ni loca! ¡Ni loca! ¡Jamás! Eso no es para mí. Yo no soy ese tipo de persona, no, no. ¡Nunca en la vida! ¡Olvídese!

La mujer, al borde del desencanto, se encogió de hombros y tomó con displicencia el vaso de agua helada que estaba al lado de su camilla. Se lo acercó con lentitud a sus labios, coronados por un código de barras estampado en su piel, y, cuando estaba a punto de retrucar, fue interrumpida por la esteticista que, sonriendo pero sin permiso, la recostó y, sin mediar palabra, comenzó a enjuagarle la mascarilla de su rostro, que era del mismo color gracias al exceso de rayos UV absorbidos a lo largo de su plácida existencia..

Abril aprovechó esos segundos de silencio para aplacarse. Respiró profundo y se distendió. O, al menos, simuló hacerlo. Todavía no se reponía de la indignación. «¿Pero por quién me habrá tomado? ¿Acaso parezco tan desesperada?», se preguntaba, tratando de desviar la vista de la camilla donde yacía su ofensora. «Solo porque le dije que estoy aburrida de este país y que me he peleado con mi novio de seis años... Pero ¿tan pobre infeliz me habrá visto?».

Aunque irremediable, resulta una verdadera lástima que las personas casi nunca sepan cuál es ese momento en el que sus vidas están a punto de cambiar, porque, de saberlo, atesorarían cada segundo, apreciarían cada encuentro e, incluso, saborearían más cada bocado.

Y Abril se encontraba justo en esa situación. Pero, por supuesto, ella tampoco lo sabía.

Esa mañana, solo le preocupaba no parecer una sombra de sí misma y, a la vez, deshacerse de esa entrometida antigua vecina de su madre. Hasta ese día, ella no la había vuelto a ver desde que sus padres se habían mudado de vecindario.

«Qué mala suerte, ¡venir a encontrármela justo hoy, acá!», se repetía Abril con creciente malhumor, como si ese contratiempo vaticinara el preámbulo de su nuevo comienzo. Esa sesión de *spa* había sido obsequio de cumpleaños de Guillermina, su mejor amiga y flamante esposa de Tomás, el primo favorito de Abril. Un merecido momento colmado de mimos y belleza que inauguraría simbólicamente su regreso a la pistas. Ya que había estado bastante tiempo confinada, sin sentirse ella misma.

Asimismo, gracias a su estricto entrenamiento diario de los últimos tiempos, para entonces ya podía considerarse una experta, y de las de alta competencia, en la técnica de la autocompasión, a

la que se había consagrado con insuperable denuedo.

Y ese no era su único dilema. Por esos días, debía decidir si aceptaba o no el préstamo del banco, el cual estaría avalado por su única propiedad, un departamento en una de las mejores zonas de Buenos Aires. Para empeorar las cosas, su nueva socia no la convencía del todo. Ni a ella ni a su intuitiva amiga Guillermina. Pero por más que lo recapacitara, Abril no vislumbraba otra opción. Ella sola, sin ayuda, no podría abrir el local soñado. Ese local a la calle donde se lucirían sus diseños exclusivos.

No obstante las múltiples decisiones que la esperaban, había algo que en verdad sí la desvelaba... era su temor a regresar a los sitios que hasta hacía muy poco tiempo solía frecuentar con quien había sido su amor durante los últimos seis años.

Ella tenía pánico de cruzarse con Pablo. Y no solo con él, sino con él y su nueva novia. «Novia». Al menos era la información escueta que le había llegado; *escueta* solo por el hecho de que apenas se lo nombraban, ella solía cambiar de tema o fingir desinterés. Aunque nadie le había asegurado qué tipo de relación tenían, lo habían visto varias veces acompañado por la misma joven con porte de modelo.

Aunque le parecía cursi, Abril amaba los refranes y solía tener uno para cada ocasión, y en esa en particular, cuando la nostalgia la invadía, le venía a la mente, como un mantra, uno de sus favoritos: «La mejor venganza es la superación», aunque, en los tiempos que corrían, no parecía estar resultándole de ayuda.

¡Menos mal que le quedaba Burton! ¡Ese rubio sí que valía la pena! Valía incluso los sacrificios, los gastos desmesurados en épocas de ajuste, los desvelos. ¡Él se merecía todo y mucho más! Y ambos sentían amor incondicional el uno por el otro. Y una lealtad a toda prueba.

¡No había dudas de que él era su gran amor! Y, sin dudas, su único gran amor.

Alma de Abril



Alma de Abril es la fusión de los retazos del verano, con sus colores, su sol radiante e intenso, y las hojas ocres que se asoman melancólicas en el otoño. La brisa queda atrapada con los primeros fríos, el recuerdo del dulzor y la tarde gris se combinan en estas letras.

En este río de historias, microrrelatos y poesías, el amor y el desamor se expresan desde lo más profundo del ser, desde el alma, dejando al descubierto sentimientos que arrasan, que empujan, que se develan, que quieren crecer y quedarse en el corazón de cada lector, convertido en un ramo de emociones que laten para siempre.

El amor imposible, el duelo por la separación, la segunda oportunidad, el amor truncado por el destino y el amor que viene desde otra vida; convergen con la alegría, la ternura, la pasión, la tristeza, invitando a resignificar cada historia con el compás trazado en cada corazón.

Vanesa Spinelli es Licenciada en Ciencias de la Comunicación (U.B.A). Docente de nivel secundario en las asignaturas de Periodismo, Semiología, Discursos Sociales y Medios. Se desempeña como Community Manager y especialista en comunicación institucional en una empresa de medicina prepaga.

Comenzó a escribir a los 13 años, principalmente poesías y relatos románticos. Sus textos formaron parte de diversas antologías. Realizó talleres de formación en escritura narrativa, imagen y palabra, como así también de fotografía.

Actualmente se encuentra investigando para la escritura de una novela en la que se entrecruza la actualidad, el medioevo italiano y las almas gemelas.

Edición en formato digital: octubre de 2019

© 2019, Vanesa Spinelli

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17931-01-8

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Alma de Abril

Nota editorial

Prólogo

Deseo turbulento

Distantemente juntos

El universo del amor

La abeja reina

Cita en Roses Park

Sentencia

Veo su reflejo

«Linda, la gordita»

Amores de bar

Mi fan número uno

Que te enloquezca

Una historia más

Desde la ventana

El ángel del dolor

La esquina del beso olvidado

Desde otra vida

Historia de lunas

Aquellas palabras

Destino

Un amor así quiero

A veces, con mis lágrimas

No era fácil quererla

Con mis puntos y comas

Adiós

Le perteneces

Me ama entera

Se amaban

Memoria

Intimidad

Lee

¿Fue la lluvia?

¿Se te olvidó?

Soy

Día gris

El beso del ángel

Una vez

Nos dolía amarnos
Usted
Reloj de luna
El mejor de mis sueños
Tardes de bar
Te esperaba
Se marchó
Entre-tiempo
Amanecer con un nuevo sol
Era
Tan suya y tan poco mía
Epílogo
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Vanesa Spinelli
Créditos